

PUNTO
ROJO

un g-man llamado Coleman



burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



GORDON COLEMAN





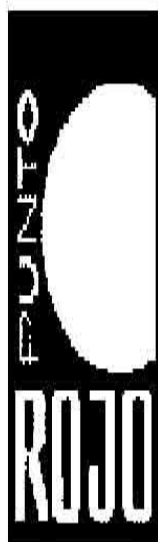
BURTON HARE

**UN G-MAN
LLAMADO
COLEMAN**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 279

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Déposito legal: B 13.718 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto 1967

© BURTON HARE - 1967
sobre la parte literaria

© ANGEL BADÍA - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

- 875. —Una sombría noche.
- 885. —La seductora muerte.
- 888. —Cuando todo termina.

En Colección **PUNTO ROJO:**

- 263. —Historia de amor y muerte.
- 266. —La senda del delito.
- 267. —Un día para morir.

En Colección **ALTO SECRETO:**

- 6. —El F.B.I, al acecho.

En Colección **ARCHIVO SECRETO:**

- 147. —Se necesita un cadáver.
- 155. —Destino: El infierno.
- 164. —Un crimen tras otro.

CAPÍTULO PRIMERO

Era un lunes por la mañana y todo el personal daba la impresión de haber dormido mal, como si sufrieran resaca después de una noche de juerga. Estaban de mal humor la mayoría. Quizás a causa de la perspectiva de una semana de rutina y encierro en las enormes oficinas de la Cooperativa Frutera.

El cajero jefe abandonó el ascensor a las nueve menos tres minutos y se dirigió con pasos medidos a su despacho privado. Para ello tenía que atravesar buena parte del departamento de contabilidad, donde ya estaban instalándose los cincuenta y pico de empleados. Algunos le saludaron, otros ni siquiera levantaron la cabeza a su paso. El cajero apenas si lo advirtió, estaba acostumbrado a ello después de casi toda su vida pasada entre aquellas paredes.

Se detuvo ante la puerta de su despacho. Cambió de mano la cartera que empuñaba y extrajo la llave del bolsillo, que insertó en la cerradura. No obstante, no pudo darle vuelta, porque la puerta cedió a la primera presión. No estaba cerrada con llave.

El cajero quedó inmóvil, atónito y asustado. En todos los años que llevaba en su alto cargo, no recordaba que ni una sola vez hubiese olvidado cerrar con llave aquella puerta. Quizás estaba haciéndose viejo... debería tener cuidado en lo sucesivo si quería evitarse disgustos...

Contrariado por semejante descuido, acabó de abrir la puerta, entró y la cerró a sus espaldas con gesto maquinal. Fue al dirigirse a su escritorio cuando vio la caja fuerte.

Sintió que la tierra temblaba bajo sus pies. Una nube oscura semejó extenderse ante su mirada y todo empezó a dar vueltas a su alrededor, mientras un sudor helado le inundaba el cuerpo.

La caja acorazada estaba abierta. La puerta había sido cortada con tal limpieza que, en otras circunstancias, hasta el propio cajero habría admirado el formidable trabajo.

Dejó caer al suelo la cartera y se lanzó al teléfono como un náufrago se lanzaría sobre una tabla de salvación. Cuando pudo establecer la comunicación con la policía habló torpemente, como un niño a punto de estallar en llanto, lo cual no ayudó al sargento que recibió la noticia, pero finalmente le dijeron que colgara y no tocara nada en absoluto.

Dejó el teléfono y se dejó caer en su sillón. No podía apartar los ojos de la ultrajada caja acorazada que había sido su orgullo. Resultaba increíble que hubieran podido abrirla de aquella manera... Naturalmente, no sabía de la existencia de los modernos sopletes capaces de abrir un boquete en la panza de un acorazado...

La llegada de la policía produjo una conmoción en las oficinas. Para entonces, la noticia había sido comunicada al director, pero no al personal. Los detectives iniciaron la investigación con celeridad, al mando del teniente Gardner, un hombre de cuarenta años, de ojos de halcón y sonrisa fácil, que dulcificaba un poco la brusquedad de sus facciones.

Media hora más tarde, se sabía que la caja había sido violada por un equipo de profesionales, con herramientas modernas y extraordinarios conocimientos en la materia; que los ladrones se habían llevado la bonita suma de noventa mil dólares en billetes, y habían despreciado una gran cantidad de cheques que estaban a punto de ser presentados al cobro, y que no habían dejado una sola huella.

El teniente Gardner encendió un cigarrillo con gesto huraño.

—Apostaría la paga de un mes que esto es obra de los tipos de John Smith...

El cajero dio un respingo.

—¿Quién es John Smith?

Gadner le miró de reojo.

—Ésa es la pregunta que todos los policías venimos haciéndonos desde hace más de seis meses. Nadie lo sabe, pero sus golpes hasta ahora le han producido varios millones de dólares...

—¡Es inaudito!

—Sí, pero real... Se trata de una organización perfecta al mando de un genio del crimen, y este trabajo lleva su firma. No creo que encontremos una sola pista...

No la encontraron, como tampoco la habían encontrado en los distintos robos cometidos en los últimos, seis o siete meses por aquella pandilla de bandidos que desafiaban al poderío de la Ley con un cinismo que daba escalofríos.

En los siguientes días, Gadner apretó las clavijas a todos los confidentes de que disponía, pero ninguno pudo proporcionarle la menor pista. Todos sabían que alguien llamado John Smith dirigía una pandilla de profesionales del crimen, pero eso era todo. Evidentemente, el nombre era más falso que Judas y sólo servía como referencia para los miembros de la organización, que fuera quien fuese, tenía una mente criminal de primer orden.

Una semana después, fueron las oficinas de una gigantesca compañía de plásticos las que recibieron la visita de la banda. Las arcas de la compañía fueron vaciadas y ciento cincuenta mil dólares cambiaron de mano con suma facilidad. Gardner se hizo cargo del caso y se estrelló contra la misma muralla de efectividad que no dejaba resquicio alguno por el que iniciar pesquisa alguna.

Era asombrosa la manera de actuar de los bandidos, por cuanto evidenciaba un estudio al detalle de sus futuras víctimas, de las cantidades que manejaban y de los días que más dinero había en caja.

Gardner, filosóficamente, archivó también aquel expediente en espera de que la suerte le volviera la espalda a los hombres de John Smith.

Dos semanas después, a la salida del Banco Nacional de Detroit, la pandilla de criminales dio otra muestra de su sangre fría. El cajero de una gran factoría de acero acababa de retirar del Banco casi doscientos mil dólares. Iba escoltado por dos guardianes que venían realizando aquella tarea desde hacía más de diez años. Rutinariamente, atravesaron la acera y se dirigieron hacia el coche que tenían aparcado frente al Banco.

En aquel instante hubo tres sordos estallidos. Una nube grisácea se extendió por toda la calle y para cuando se dieron cuenta de que se trataba de gases lacrimógenos era demasiado tarde para evitar lo que siguió.

Hombres cubiertos por máscaras antigás se precipitaron sobre el grupo. Unas porras de las llamadas «rompecabezas» se abatieron sobre los desfallecidos guardianes y el cajero, y la maleta con el dinero se evaporó con tal celeridad que más pareció un truco de prestidigitador.

Nadie pudo decir cómo habían llegado los pistoleros, y menos todavía cómo habían huido. Nadie supo dar la descripción de uno de ellos, ni explicar de dónde habían salido las bombas de gas utilizadas por la pandilla de John Smith.

En esta ocasión, el teniente Gardner tuvo la esperanza de que sacaría algo en limpio siguiendo la pista de las caretas antigás y las bombas, pero algunos días más tarde se vio precisado a rendirse a la evidencia de que tampoco esta vez podía hacer nada contra los tipos que estaban desvalijando media ciudad.

No habían pasado ni siquiera dos semanas desde el último y audaz atraco, cuando la banda dio nuevas señales de vida, sólo que esta vez actuaron con más brutalidad.

El golpe se realizó contra la oficina central de una gigantesca cadena de supermercados, mas algo debió fallar en los informes de la pandilla, puesto que cuando entraron se dieron de manos a boca

contra el cajero, el director y los dos ayudantes de éste. El encuentro no estaba programado en sus planes y perdieron la serenidad de que hasta entonces habían dado muestras. Las armas entraron en juego tan pronto las víctimas del atraco trataron de escapar pidiendo auxilio. Resultado tres muertos y un herido grave, y ciento siete mil dólares más para las arcas de John Smith y su pandilla.

Gardner se enfureció ante los asesinatos, entre otras razones porque aquello significaba que la Brigada de Homicidios metería las narices en el caso, desplazándole.

Pero los cadáveres, en el Depósito, eran un mudo desafío que la policía no podía despreciar. Se reanudaron las pesquisas con todos los medios disponibles, los confidentes fueron interrogados una vez tras otra, se planearon operaciones y redadas que no dieron ningún resultado...

Gardner, soñoliento y rendido de cansancio, decidió que después de tres días de ininterrumpido trabajo bien podía tomarse un pequeño descanso. Celebró una conferencia con los oficiales de Homicidios, se dirigió a su despacho para ultimar los detalles pendientes del informe, y cuando se disponía a retirarse, una llamada telefónica le retuvo.

La llamada era de alguien llamado Spencer, uno de los soplones que la policía mantenía con más amoroso cuidado dentro del mundo del hampa.

Spencer dijo:

—Teniente, es imposible sacar nada de esa pandilla. Pero he sabido que fueron ellos quienes desvalijaron el Banco de Port Hurón, hace cinco o seis meses...

—¿Algo más?

—Nada. Es como si después de cada golpe se esfumasen en el aire.

—¿Nadie parece gastar más dinero del normal? Ya sabes lo que quiero decir, Spencer.

—En absoluto. Deben meter el dinero de los golpes en un agujero, para repartir al cabo de un tiempo...

—Está bien, sigue husmeando.

Colgó. De modo que hablan asaltado también un Banco, meses atrás...

Eso se prestaba a algunas consideraciones marginales, entre otras que el asalto a un Banco era delito federal...

Suponiendo que fuera cierto, por supuesto.

Como si los hombres de John Smith quisieran desvanecerle cualquier duda, tres días después de esa confidencia se lanzaron contra la central del Banco de Campesinos y Ganaderos, una de las más viejas instituciones bancarias del Estado.

El asalto se realizó exactamente dos minutos antes de que fueran cerradas las puertas, y de nuevo los asaltantes demostraron que no se detenían ante un crimen más o menos. Sus armas replicaron con implacable fiereza al intento de los dos policías encargados de la custodia del Banco, matándolos sin piedad. También fue asesinado el cajero y heridos dos clientes que se encontraban dentro del establecimiento a aquella hora.

Los bandidos se cubrían las caras con trozos de medias de seda, embadurnadas con color negro para acabar de dificultar la identificación. Todos ellos calzaban guantes de fina piel y vestían trajes de confección.

Lograron escapar con un botín que rebasaba los trescientos mil dólares, dejando tras de sí un reguero de sangre y un desafío que esta vez iba dirigido directamente a los hombres de *Mr.* Hoover, los implacables Agentes Federales afectos de la Oficina de Detroit, por cuanto el asalto a cualquier institución bancaria es un delito federal sin paliativos.

Gardner sabía eso, y recordando que era el segundo asalto de este tipo que la pandilla llevaba a cabo, supo sin lugar a dudas que *G-men* no tardarían en dar señales de vida.

No obstante, el hecho que le demostró al teniente Gardner que los muchachos de *Mr.* Hoover iban a tomar aquel asunto con particular interés, fue la muerte de un hombre en plena calle, un hombre que cayó acribillado por una ráfaga de ametralladora

disparada desde un coche en marcha. La andanada casi lo partió por la mitad, no obstante, antes de expirar tuvo tiempo de susurrar:

—John Smith...

El guardia que había acudido arrugó el entrecejo. Sabía ese nombre de memoria, puesto que los periódicos lo aventaban un día sí y otro también. Por eso se inclinó, presa de la natural excitación.

—¿Puede oírme? —exclamó—. ¿Quién es John Smith...?

El moribundo parpadeó.

—Almacén... el almacén... —una bocanada de sangre, cortó su voz y su vida con la efectividad de una guadaña. Su cabeza cayó a un lado y el guardia la depositó con cuidado en el suelo, levantándose con un ligero temblor en las manos.

Gardner fue de los primeros en llegar a la *Morgue*, donde habían trasladado al muchacho. En principio, se trataba de un crimen más de la pandilla de John Smith... Sólo que al examinar sus pertenencias surgió algo que cambiaba las cosas por completo.

Colocada entre el forro y la piel de su billetera, fue encontrada una credencial a nombre de Jim Ford, agente especial del F. B. I.

Gardner silbó por lo bajo. Supo que el asunto iba a serle quitado definitivamente de las manos, pero también supo sin lugar a dudas que, esta vez, John Smith se había pasado de rosca.

Ningún criminal puede esperar que después del asesinato de un agente federal pueda seguir riéndose de las leyes... y Gardner sabía eso muy bien.

John Smith había firmado su propia sentencia de muerte con aquel crimen.

CAPÍTULO II

La Oficina Federal de Detroit está instalada en un edificio modesto, entre otros despachos de firmas comerciales. No se diferencia en nada de éstas, excepto que puede hallarse alguien en él a cualquier hora del día o de la noche.

Tampoco ostenta lujo alguno, quizá porque el contribuyente tiene derecho a controlar cómo se gasta su dinero, de modo que desde Washington los fondos afluyen más bien con tacañería.

Habían pasado veinticuatro horas desde la muerte de Jim Ford. Flotaba un pesado silencio en las oficinas, en el cual, de vez en cuando, el timbre de un teléfono ponía vibraciones de actividad.

Tres hombres se habían encerrado en el despacho del jefe de la Oficina. Ninguno de ellos parecía muy feliz, y a juzgar por la expresión de sus caras la muerte de su compañero les había afectado más de lo que cabía esperar.

—Todos sabemos el riesgo que corremos cuando nos ponemos al trabajo —comentó el jefe de mal talante—. Ford no era una excepción...

—¿Quién va a continuar con el caso, señor?

La pregunta no obtuvo una respuesta inmediata. Sólo al cabo de unos segundos la voz neutra del director local del F. B. I., dijo:

—No lo sé... Según parece, esa pandilla conoce a la mayoría de nosotros...

Señaló un montoncito de objetos personales masculinos que tenía sobre la mesa. Entre ellos había el billetero de Jim Ford, roto a causa de haberse sacado la tarjeta federal que había contenido. Pero lo que realmente señaló fue la pequeña nota manuscrita, y luego explicó:

—Se encontró esta nota dentro del forro de la chaqueta de Ford. En ella anotó su sospecha de que nuestros hombres de la ciudad eran conocidos por la pandilla de John Smith. También tomó nota de cierto almacén de muebles, aunque no especificó por qué. Quizá creyó que podría investigarlo más adelante.

—Entonces, señor, ¿qué decide usted respecto a continuar el trabajo de Jim?

—Consultaré con Washington —decidió el hombre de cabellos canos, con evidente disgusto—. No me atrevo a arriesgar la vida de cualquier otro agente, sabiendo que puede ser conocido por esa pandilla de desalmados...

Los dos agentes se miraron, desconcertados.

—Nosotros habíamos pensado que podríamos continuar el caso de Jim partiendo de donde él lo dejó. Verá usted, señor... Jim era un gran amigo de todos y...

—Comprendo, pero ya saben que los sentimientos personales no influyen en las decisiones en asuntos de servicio. Sea como sea, les haré saber qué decide Washington.

—Muy bien, señor.

No hubo protestas ni más insistencia. Los dos jóvenes abandonaron la oficina y el hombre canoso suspiró. También a él le hubiese gustado tomar aquella investigación en sus manos, aunque sólo fuera para tener el consuelo de llevar a los asesinos ante los tribunales... y a la muerte.

Pero todo lo que hizo fue establecer comunicación con Washington. Habló rápida y concisamente, a sabiendas de que sería escuchado y que ninguno más de sus muchachos tendría que ser mandado ciegamente a la muerte.

* * *

La calle era oscura, aunque ancha y bien pavimentada. Los edificios, en su mayoría, eran grandes naves de fábricas, talleres y almacenes de toda clase de negocios, y durante la noche permanecían desiertos y silenciosos. Tampoco era una calle que fuera concurrida una vez anochecido, puesto que las únicas casas de vecinos que tenían fachada en ella, daban a la calle Grant, que era donde estaba su entrada principal. Sólo de vez en cuando, el guardia de ronda nocturna la recorría en su demarcación, pensando en Dios sabe qué cosas, mientras sus pisadas resonaban en el silencio.

El guardia era un hombre metódico. Cualquiera que hubiera tenido algún interés en estudiar sus costumbres, habría podido calcular casi al segundo el instante preciso en que pasaría por determinado lugar, debido a que realizaba siempre el mismo recorrido con exactitud matemática.

Sólo cuando estaba libre de servicio y su recorrido lo realizaba un sustituto, el horario cambiaba también. Y aquélla era la noche del sustituto.

El policía uniformado dobló la esquina de Racing Street y se internó por la calle oscura. Al otro lado de la calzada se alzaba la imponente fachada de una fábrica de piezas electrónicas. Más allá de ésta había el oscuro muro de un alargado almacén y después un patio de carga, perteneciente a otro almacén de similares características que el primero.

El policía no prestaba particular atención a nada de todo esto. El se limitaba a cumplir su recorrido, al parecer sin preocuparse demasiado de lo que le rodeaba. No obstante, no pudo dejar de advertir la extraña sombra movable junto a la puerta de la fábrica de piezas de electrónica.

Se detuvo en seco. ¿Se había movido una sombra o no en el oscuro quicio de la puerta?

—¿Quién hay ahí? —gritó.

Su vozarrón repercutió por toda la calle, ahuyentando a un par de gatos. Pero no obtuvo respuesta. Entonces se decidió a cruzar la

calzada en dirección a donde le había parecido ver moverse una sombra. Instintivamente, llevó su mano derecha a la culata del revólver y volvió a gritar:

—¡No se mueva de ahí!

Nadie se movió tampoco. Sólo el silencio pareció responder a su voz dura y fuerte.

Llegó a la acera, sin apartar la mirada de aquella puerta. Entonces le pareció que a su derecha, hacia donde estaba el muelle de carga, chirriaba una puerta. No pudo estar seguro.

Y entonces todo sucedió con tal rapidez que ya no pudo preocuparse por nada más. La sombra pareció despegarse del portal. La sombra de un hombre alto y fornido, cubierto con un sombrero oscuro. Quiso gritar una orden, realmente empezó a gritarla. Pero su voz se extinguió con el seco estampido de un revólver. Hubo una llamarada en la oscuridad, un terrible grito de agonía y el guardia giró sobre sí mismo, derrumbándose como un muñeco sobre la desierta acera.

La sombra del portal echó a correr pegada a las paredes. Junto al patio de carga se detuvo, acurrucada, después se deslizó a lo largo de la plataforma de cemento. La débil luz saltaba de vez en cuando en el pavonado del revólver que empuñaba.

Se escuchó el silbato de otro guardia, acercándose. Otro le respondió procedente de una dirección opuesta. Avanzaban por los dos extremos de la calle. Habían cortado la retirada del criminal...

La sombra acurrucada dio un salto, ágil y ligero, y cayó de pie sobre la plataforma por la que se deslizó hasta encontrar una pequeña puerta. Respiraba agitadamente, y su agitación aumentaba a medida que los silbatos se oían más cerca.

Sin dejar de vigilar la oscuridad que le envolvía, el hombre tanteó la puerta y ésta cedió, de modo que entró de un salto, cerrándola a sus espaldas. Se encontró envuelto en una negrura tan densa como la tinta.

Al principio sólo pudo percibir los rápidos latidos de su corazón. Luego, sus oídos, aparte del lejano pitido de los policías, escucharon

una respiración contenida, como la de un animal tenso y presto a saltar. Y no era «su» respiración.

Trató de orientarse en la oscuridad y el cañón de su revólver quedó inmóvil, fijo hacia el lugar en que creía oír el aliento de alguien al acecho...

Entonces dijo con voz ronca:

—Sea quien sea, no se mueva. Le estoy apuntando.

Tras una pausa, una voz replicó:

—No creo que tengas ojos de gato, compadre...

—Sé dónde estás... No te muevas o te líquido.

—Ya has demostrado que eres un imbécil al matar a un guardia. No quieras serlo todavía más atrayendo a los otros con tus fuegos artificiales. ¿Por qué has liquidado al poli?

—Me ha descubierto.

—¿Qué pensabas hacer en esta calle, reventar la bóveda de un Banco?

—La fábrica de electrónica... pero ya has hablado demasiado. Las manos sobre la cabeza...

—Eres el tipo más torpe que he conocido...

De repente, de la mano del criminal surgió un delgado rayo de luz que rebotó sobre un hombre que permanecía ante él, riéndose silenciosamente. Sólo que el relámpago que le cegó mató también sus ganas de reírse y enmudeció.

—Así está bien —ordenó el asaltante—. Ahora pon las manos en la nuca —esperó a que el sorprendido individuo obedeciera para preguntarle—. ¿Eres el vigilante del almacén?

—Algo así.

—Vuélvete de espaldas.

—Te advierto que si me atizas para dejarme fuera de combate, no habrá nadie que responda cuando los polis metan las narices aquí... y ellos saben que hay un vigilante en este almacén.

—Yo me ocuparé de eso... ¡Vuélvete!

El hombre obedeció también. El asaltante le registró apresuradamente, apoderándose de una automática que llevaba el

hombre en el bolsillo trasero del pantalón.

—Muy bien —ordenó otra vez—. Vas a llevarme a la parte delantera de este edificio. Saldré por allí.

El vigilante titubeó. Dijo:

—No pareces muy nervioso, compadre...

—No estoy nervioso. Nunca me pongo nervioso. Andando.

—Ya veo... En fin, vamos allá.

Echó a andar por entre enormes cajas de madera. La luz de la linterna no permitía distinguir los detalles de lo almacenado, pero eran bultos de gran tamaño. Recorrieron uno tras otro un dédalo de pasillos formados por los mismos bultos y cajas de madera. El asaltante empezó a darse cuenta que recorrían una distancia excesiva para llegar al lugar que deseaba y gruñó:

—Tengo la idea de que estamos dando vueltas en un laberinto... y eso puede valerle un plomo en el cuerpo, tipo listo.

—Tonterías... estamos llegando, ¿no te das cuenta?

Apenas si había acabado de hablar cuando dos bultos cayeron sobre el intruso. Fue un ataque fulminante y que le pilló desprevenido, por cuanto antes que pudiera advertirlo unos dedos de acero le habían arrebatado el revólver, y el impulso de los dos atacantes le derribaba de espaldas, entre el violento jadeo de las respiraciones.

El hombre perdió también la linterna, pero se debatió salvajemente en la oscuridad. Uno de sus puños estalló con terrible fuerza en el rostro de alguien, que gimió lastimeramente. Otro golpe a ciegas encontró la parte blanda de un cuerpo y hubo un grito de dolor.

Pero no pudo luchar contra tres enemigos. El guardián que le había llevado hasta la encerrona tomó la linterna, iluminó su objetivo y un corto rompecabezas se abatió sobre el cráneo del asaltante, terminando así con la salvaje pelea y restableciendo el silencio en el almacén.

Una voz gruñó, entre gemidos:

—El maldito... pega como un demonio...

El guardián rió.

—¿Has visto alguna vez que un gato acorralado no luche a la desesperada? No es ningún cobarde el chico...

—Llémoslo abajo... luego le ajustaremos las cuentas.

No gastaron miramiento alguno para trasladarlo. Lo arrastraron, incluso al bajar una estrecha escalera, por cuyos peldaños el cuerpo inerte rebotó sordamente...

Sólo el guardián quedó arriba, para recibir a la policía cuando hicieran la ronda en busca del fugitivo asesino...

CAPÍTULO III

El hombre abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba tirado en el suelo de cemento de lo que parecía un sótano grande y vacío. Gimió, sentóse en el suelo y, acariciándose su dolorido cráneo miró a los dos hombres que le contemplaban en silencio desde prudente distancia.

A la luz de una solitaria bombilla sin pantalla, las paredes desnudas ofrecían un aspecto frío e inhóspito. El hombre gruñó:

—Y ahora, ¿qué sigue a toda esta mascarada?

No obtuvo respuesta. Los otros dos se limitaban a mirarle con el ceño fruncido. Uno de ellos mostraba un ojo que se cerraba por momentos, en medio de un creciente círculo morado, huella del tremendo golpe recibido en la pelea.

Ambos estaban examinando al intruso. Tenían ante sí a un tipo de unos veintiocho años, de elevada estatura y anchos hombros de luchador. Un rostro ceñudo, de facciones regulares y un tanto bruscas, como cortadas en piedra por un escultor apresurado, servía de marco a dos ojos de mirar centelleante, oscuros y hondos como una sima.

No se movieron tampoco cuando, entre algún que otro gemido, el hombre se incorporó sin dejar de acariciarse la cabeza.

Pero una vez estuvo de pie, uno de ellos sacó el revólver que le habían quitado y le apuntó con él.

—Tranquilo, muchacho —advirtió—. En tu revólver todavía quedan cinco plomos.

—No es ningún consuelo saberlo. ¿Por qué no me han entregado a los polizontes? Tal vez les hubiesen dado una medalla.

—No necesitamos medallas, pero todavía estamos a tiempo de ponerte en manos de los polis, amigo. Supongo que ya sabes lo que te espera por haber liquidado a uno de ellos...

—No es el primer poli que muerde el polvo.

—Pena de muerte —remachó el otro—. Ningún abogado podrá sacarte de ésta a menos que nosotros hagamos algo por ti.

—¿Dónde está la trampa?

—¿Qué trampa?

—Nadie hace nada por nada. Aprendí eso cuando iba a la escuela. ¿Pretenden ayudarme sólo porque les he caído simpático?

—Nadie ha dicho que vayamos a ayudarte, eso lo decidirá alguien más. De momento, no trates de alborotar o recibirás un plomo de tu propio revólver.

—Bueno, o están locos o no veo a dónde van a parar con todo esto. ¿Quién ha de decidir y qué esperan que decida?

—Ya basta —intervino el otro, que hasta entonces había permanecido en silencio—. Cierra el pico y colócate en el rincón.

Retrocedió. Una vez en el lugar indicado extrajo un paquete de cigarrillos y encendió uno con manos que no temblaban en absoluto.

De repente, le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Ed.

—¿Y...?

—Al demonio. Detesto qué me interroguen.

Volvió a reinar el silencio. Poco después, antes que hubiera terminado el cigarrillo, se escucharon pasos en la escalera. La puerta se abrió y entró un hombre de unos cuarenta años, delgado y vestido con elegancia, el cual se detuvo y parpadeó bajo la luz.

—De modo que ése es el que liquidó al poli...

Su comentario repercutió entre las paredes sin obtener respuesta. No apartó sus ojos del prisionero hasta que uno de los otros gruñó:

—Tiene buenos nervios. ¿Cómo van las cosas arriba?

—Todo vuelve a estar tranquilo. La ambulancia se ha llevado el cuerpo, los polizontes se han cansado de hacer preguntas a los vigilantes de todos los almacenes y fábricas y ahora no queda nadie.

—¿Has pensado lo que vamos a hacer con nuestro amigo?

—Depende de lo que nos diga... empezando por su nombre.

—Sólo accede a decir que es Ed.

—Necesitamos más —rezongó el recién llegado—. Ya lo has oído. ¿Cuál es tu nombre completo?

—No hay respuesta. Y ya que estamos tratando de conocernos, ¿por qué no me dice quién es usted?

—Me llamo Fred Veryan. Y éstos son Guttman y Yager. Buenos chicos...

—Muy buenos, con una cachiporra en la mano. ¿Qué es lo que están intentando hacer? No me han entregado a la policía y estamos aquí perdiendo el tiempo en un interrogatorio idiota... ¿Por qué?

—Quizá podamos hacer algo por ti a cambio de tu trabajo.

Por primera vez, el intruso demostró un leve interés.

—¿Trabajo? —rezongó—. ¿Quiere decir que van a pagarme?

—Todo el que realiza una labor cobra por ella... Empecemos por tu nombre, muchacho.

—Ed Brown.

—¿Auténtico? No quiero engaños ahora.

—No tengo otros nombres. Nunca los he necesitado.

—Ed Brown... suena a falso a mil millas de distancia...

—Tontería. Tengo mis documentos en la pensión donde me alojo. Pueden comprobarlo, aunque maldito si comprendo por qué deberían hacerlo. Todo esto no tiene sentido alguno para mí.

—Lo tendrá si nos ponemos de acuerdo. Tú no eres de por aquí, ¿eh?

—Llegué hace cinco días.

—¿De dónde?

—Nueva York.

—¿Quién te conoce allá?

—La poli, por supuesto. ¿Por qué creen que me largué?

—Me refiero a amigos o conocidos de tu ambiente.

—No tengo amigos, ni en Nueva York ni en ninguna parte. No me gustan las amistades, sólo traen disgustos.

El que había sido presentado como Yager comentó con sorna:

—Un lobo solitario, Fred, eso es lo que es.

Ed Brown le dirigió una mirada fría como el hielo. Dijo entre dientes:

—Tú hablas demasiado, Yager...

—No te preocupes de él ahora. ¿Por qué saliste de Nueva York, te perseguía la policía?

—No, pero estaban poniéndose muy pesados. No me dejaban «trabajar». Es mala cosa estar fichado. Siempre que tienen problemas le buscan a uno para enterarse de dónde estaba tal día a tal hora...

—Pero no estás reclamado en la actualidad.

—No.

Evidentemente, respondía a regañadientes, pero Fred Veryan conocía a aquella clase de tipos y sabía cómo tratarlos.

Dijo:

—Lo averiguaré, Brown, no te conviene mentirme...

—¿Estás reclamado en alguna parte?

—¡Maldita sea! Ya te he dicho que no. Me detuvieron hace un par de años por un asalto, pero tuve suerte y me libré con seis meses. Después de eso nunca volvieron a pillarme con las manos en la masa.

—¿Dónde te detuvieron?

—¿Has «trabajado» alguna vez con otros?

—¿Dónde iba a ser? En Nueva York. Siempre he vivido allí.

—No, ni pienso hacerlo. Los socios traen demasiadas complicaciones.

—De modo que eso crees, ¿eh? ¿Cuánto has sacado en el último año?

Ed Brown expresó su asombro con una mueca.

—Que me ahorquen si llevo contabilidad alguna. ¿A qué viene eso?

—Bueno, era una manera de hablar. Nosotros podríamos ofrecerte un cuarto de millón en un año... por tu colaboración.

Brown respingó.

—¿Doscientos cincuenta mil *pavos*? —balbució, estupefacto—. No lo entiendo... ¿por hacer qué?

—Bien, eso te lo contaré cuando esté seguro de ti. ¿Qué respondes?

—Por esa cantidad haría cualquier cosa... Cualquier cosa —repitió, fascinado.

Fred Veryan suspiró.

—Ya imaginaba que te interesaría. Pero necesitamos estar seguros respecto a tu discreción y antecedentes. Voy a pedir a Nueva York que me informen a fondo. Hasta que reciba respuesta permanecerás aquí, sin alborotar. Tendrás comida y tabaco.

—No estoy seguro que me guste mucho esta encerrona. ¿Qué pasa si los informes no te satisfacen?

—Bien, en un caso así no lo pasarías muy bien, tú sabes...

—Ya veo, me entregarías a la policía.

—No.

—¿Cómo?

—Desaparecerías, eso es todo. No puedo correr el riesgo de que les cuentes a los polis lo que hemos hablado.

Ed Brown hizo una mueca.

—Está bien, no tengo alternativa. Pero podrías decirme algo sobre el trabajo que esperas que haga...

—Es sencillo —gruñó Fred—. Necesitamos a alguien que sea rápido con el revólver, y certero al mismo tiempo. Y que no le importe liquidar a algún polizone de vez en cuando... Nada más que eso.

—Ya veo...

—¿Te parece una buena oferta?

—¿Por qué no? Los polis mueren igual que una rata de muelle.

Fred abandonó el sótano, seguido de Yager y Guttman. Al quedar solo, Ed Brown sentóse en el suelo de cemento, encendió un cigarrillo y fumó con perfecta calma. Estaba seguro que los informes de Nueva York serían plenamente satisfactorios...

CAPÍTULO IV

—Saldrás ganando si no te pones nervioso —rió Yager, contemplando a su forzado huésped mientras terminaba la comida—. Fred sabe lo que se hace, muchacho, te lo digo yo.

—Me importa un bledo lo que haga Fred. Ya estoy harto de esto. Llevo dos días encerrado aquí como un conejo.

—El patrón quiere estar seguro del terreno que pisa, muchacho.

—¿Fred es «el patrón»?

—Preguntas demasiado.

—¿Lo es o no?

—Bueno, como si lo fuera.

—Eso quiere decir que no lo es —gruñó Brown, dejando de comer bruscamente—. No voy a trabajar para alguien a quien ni siquiera conozco.

—Tampoco lo conozco yo si vamos a eso, pero te puedo decir que hasta ahora, jamás había ganado tanto dinero con ningún otro. Para mí, todo el que me hace ganar dinero es *okay*, ¿entiendes?

—No me gusta eso —machacó Brown.

—Bueno, ¿ya quién le importa lo que te gusta a ti? Termina de comer de una vez. Están esperándome arriba. Deberías darnos las gracias por haberte librado de los polis en lugar de protestar como una vicetiple.

Brown terminó con la comida y encendió un cigarrillo, mientras Yager se llevaba la bandeja hacia las escaleras. Pero antes que

saliera el preso le interpeló.

—Espera un minuto —dijo—. Quiero hablar con Fred. Díselo.

—Seguro, seguro...

La puerta se cerró y Brown quedó solo. Acabó el cigarrillo y encendió otro. No parecía muy alterado por el forzado encierro, no obstante, se acercó a la puerta y examinó la cerradura, aunque no trató de forzarla.

Luego, escuchó pasos que se acercaban y retrocedió apresuradamente, adoptando una postura normal en alguien que se aburre mortalmente.

Fred Veryan entró, seguido de Yager y de otro hombre desconocido para él. Fred llevaba un revólver en la mano. Brown reconoció su propio revólver.

—Bueno, Ed, creo que tú y yo vamos a llegar a un acuerdo.

—¿Ya tienes las noticias de Nueva York?

—Seguro. Y con fotocopias de tu ficha incluidas. Estamos bien organizados...

Se echó a reír. Yager y el otro le corearon.

Brown dijo:

—Entonces, va siendo hora de que me largue de aquí.

—Antes hablaremos. Mi oferta de doscientos cincuenta mil en un año sigue en pie. ¿Qué decides?

—Es una bonita suma, pero me gusta saber para quién trabajo y al parecer tú no eres el mandamás de este negocio...

Fred hizo un ademán de fastidio.

—Es como si lo fuera. Aquí se hace lo que yo ordeno, ¿entiendes?

—Y a ti, ¿quién te da órdenes?

—John Smith.

Brown pegó un respingo y miró con perfecto asombro al trío.

—De modo que es eso —rezongó.

—¿Has oído ese nombre otras veces?

—Todos los periódicos lo repiten como si fuera un astro de Hollywood, ¿cómo no voy a conocerlos? Parece que es alguien que

sabe lo que se trae entre manos.

—Puedes asegurarlo. Y ahora, ¿cuál es tu respuesta?

—Por una vez, creo que probaré qué tal se me da trabajar en sociedad.

—Ya sabía que aceptarías... Toma, ésta es nuestra pipa de la paz.

Riendo, le entregó el revólver. Brown lo abrió y comprobó que el cilindro contenía las cinco balas intactas más un cartucho vacío. Lo cerró otra vez y guardándoselo en el bolsillo alargó la mano a Fred Veryan.

—Trato hecho —dijo.

—Vamos arriba, conocerás a los demás muchachos... Éste es Wigton.

—¿Cuántos más?

—Otro. Se llama Back y está arriba.

El almacén, a la luz del día, no parecía tan enorme y destartado como a oscuras. Brown respiró a pleno pulmón cuando se vio entre los grandes bultos. Entonces descubrió también la gran cantidad de muebles desmontados que había por todas partes.

Estrechó la mano del llamado Black, un hombre rechoncho y de cara redonda. Se disponía a decir algo más cuando una voz suave y sensual preguntó:

—Y a mí, ¿nadie me presenta?

Ed giró sobre los talones, para encontrarse ante una mujer rubia, de belleza poco común, cuyos grandes ojos descarados no se apartaban de su rostro. Los suyos se deslizaron por todo el cuerpo de la rubia valorando su extraordinario aspecto, realzado por el ajustado vestido que la moldeaba con todo detalle.

Fred rió:

—Es la última adquisición, linda... Ed Brown. Ed, ésta es Shirley. No se te ocurra hacer castillos en el aire porque, para ti, es intocable.

—Ninguna mujer lo es si ella no quiere.

—Ésta sí.

—¿Por qué?

Fue ella misma quien dijo, riendo suavemente:

—Soy propiedad de Fred, muchacho... Tiene títulos sobre mí.

—Ya veo... De todos modos, no me gusta.

—¿Qué?

Hubo un movimiento de expectación. El rostro de Fred Veryan se ensombreció.

El pistolero añadió con voz fría:

—No me gusta que haya mujeres mezcladas en los negocios. Nunca resulta bien.

—Eso es algo que no te importa a ti. La seguridad de la organización está a mi cargo, y bueno será que no lo olvides, Ed.

El aludido se limitó a asentir con un gesto, pero sus ojos de halcón siguieron fijos en la hermosa muchacha durante unos segundos. Captó el chispazo de interés en la mirada de Shirley, pero sus facciones se mantuvieron impasibles, con su expresión hosca.

Hubo un corto silencio, un tanto forzado, hasta que Fred lo rompió para decir:

—Ahora que todos nos conocemos, linda, ¿qué te parece si te vas a dar una vuelta por ahí? Y no hagas nada que pueda disgustarme.

—¿Por quién me tomas? Iré a la peluquería, y después quizá de una vuelta por las tiendas. Necesito algunas cosas nuevas con que ponerme a tono.

—¿A tono con qué?

—Contigo, tonto. Adiós, muchachos... Adiós, Ed; me alegro de que estés aquí.

El aludido respondió con un gruñido. Nadie habló hasta que la muchacha hubo salido. Entonces, todos buscaron un lugar donde sentarse y el único que quedó de pie fue Veryan, que los miró uno a uno antes de hablar.

—Tenemos un trabajo a la vista, muchachos. Una operación de envergadura, y tan fácil que hasta un niño podría realizarla. Será tu bautismo de fuego, Ed, aunque no haya fuego esta vez.

—¿Cómo puedes estar seguro? Siempre existe el riesgo de un imprevisto. Hay vigilantes, polizontes de patrulla...

—No aparecerán esta vez, muchacho. Y en todo caso, tú te encargarás de despejar el camino. ¿Conforme?

—*Okay*. ¿Dónde daremos el golpe?

—En una gran oficina de inversiones.

—¿Y eso qué demonios es? —exclamó Yager.

—Una de esas organizaciones que se dedican a aconsejar a la gente dónde deben invertir su dinero, y en qué. Compran y venden propiedades, casas, acciones... todo lo que da dinero en grande.

—¿Y...?

—Sabemos que esta noche habrá en su caja fuerte más de cien mil dólares. Mañana han de realizar unos pagos en metálico para cerrar un trato muy importante, así que nosotros cobraremos esa suma.

Todos guardaron silencio, como esperando más aclaraciones. Ed fue el único que no esperó para preguntar:

—¿Quién abrirá la «lata de conservas»?

—Eso es asunto de Guttman, nuestro técnico en despanzurrar arcas. El, Ed, Yager y yo entraremos a la oficina. Entre todos llevaremos los cilindros de oxígeno y el resto del material. Back permanecerá en el coche, listo para salir de estampida si las cosas se pusieran feas. Wigton se quedará en la entrada, vigilando, y dará la señal de alarma en caso de peligro. ¿Conforme?

Todos asistieron. Yager quiso saber:

—¿Dónde están estas oficinas?

—En la calle Pearl. Es una calle tranquila, especialmente de noche. Y ahora, resuelto este asunto, tengo otra noticia que hará parecer lo de esta noche un juego de niños.

—Estás lleno de sorpresas, Fred —rezongó Brown con sorna.

—Vamos a celebrar tu incorporación a la pandilla, muchacho... y vamos a hacer que te ganes tu dinero a pulso. Si esta noche todo sale bien, mañana nos llevaremos algo más de medio millón.

Todos dieron un respingo y varias exclamaciones de entusiasmos corearon la noticia. El único que se mantuvo tranquilo, impasible, fue Ed Brown. No obstante, él fue quien dijo:

—Es una bonita suma, pero opino que tanto dinero estará más o menos custodiado...

—Seguro, pero ¿para qué te hemos contratado a ti? Te encargarás de quitar de en medio los estorbos.

—Ya veo...

—De momento, vamos a discutir sobre lo de esta noche...

Con precisión matemática, Fred dio instrucciones precisas a cada uno, demostrando un conocimiento casi fotográfico del lugar en el cual iban a operar. Previo incluso que las cosas se pusieran mal y hubiera que desperdigarse al escapar. Ed reconoció que todo estaba tan minuciosamente calculado que sólo a una jugarreta del destino podía atribuirse un posible fallo. Sabía ya que no era Fred quien planeaba los golpes, pero aun así admiró la perfección con que éste se compenetraba con todos los detalles posibles.

Cuando terminó su exposición, Veryan indagó:

—¿Alguien tiene algo que decir?

Ed Brown gruñó:

—Opino que no me das oportunidad de hacer nada, excepto cargar con un cilindro.

—Quiero comprobar que tal responden tus nervios, muchacho. Mañana tendrás ocasión de hacer tanto como quieras... ¿Todos conformes?

Hubo asentimiento general. Fred expresó su satisfacción. Luego, al disponerse a salir, advirtió:

—Ninguno saldrá de aquí hasta la hora del trabajo, como de costumbre, de modo que...

—¿Qué demonios es eso? —protestó Brown—. Hace dos días que estoy encerrado como una rata...

—Tendrás tiempo sobrado de divertirte, Ed...

—¡Quiero salir y tomar un trago tranquilo, eso es lo que quiero hacer!

—Bien, hay un bar en la primera esquina. Pero no se te ocurra beber más de la cuenta porque entonces conocerías nuestro lado desagradable. ¿Comprendido?

—Si tienes mis informes completos desde Nueva York, te habrán dicho que jamás bebo más de la cuenta.

—Sí, ya sé algo de eso... Bien, volveré en el momento de ponemos en marcha. Y tú, Ed, ten cuidado, no se te ocurra irte a ninguna otra parte que no sea ese bar de la esquina.

Brown asintió. Un minuto después de haberse marchado Fred, él abandonó el almacén por la puerta de la calle Grant, en dirección al bar que le habían indicado.

CAPÍTULO V

El coche, un «Buick» grande y de poderoso motor, se estacionó en un callejón lateral. El motor enmudeció y las luces se apagaron. En su interior, la voz de Fred Veryan dijo:

—Hay una puerta de servicio en esta calleja. Entraremos por ella. Tú, Ed, cargarás con la botella de propano. Yager y Guttman llevarán el cilindro de oxígeno. Recordad; nada de prisas. Calma, no hay vigilantes en el edificio.

—¿Quién está nervioso? —rezongó Brown, disponiéndose a saltar fuera del coche.

Abrieron el portaequipaje. Había un compartimento especial en el cual estaba encajado el cilindro de oxígeno. Ed Brown se apoderó de la pesada botella metálica de propano y la dejó en el suelo con cuidado para que el metal no sonara contra el asfalto.

Fred inspeccionó los preparativos. No se movió hasta que el cilindro estuvo también en el suelo. Ed preguntó:

—¿Quién se encarga de abrir la puerta?

—Yo —dijo Fred—. Tengo la llave.

—Ésta es buena... Hasta la llave.

—¿Qué creías, muchacho? Si me lo hubiese propuesto, hasta hubiera podido encontrar la combinación de la caja fuerte...

La llave giró en la cerradura y la puerta se abrió sin dificultad. Fred entró el primero, mientras Yager y Guttman le seguían

cargados con el pesado cilindro. Tras ellos, penetró Ed Brown con su botella metálica.

Wigton se estacionó en el portal, con la puerta entornada, y Back permaneció en el coche, dispuesto a volar en caso de apuro.

Subieron unas escaleras empinadas y estrechas. Yager y Guttman resoplaban a causa del esfuerzo. Fred alumbraba con una pequeña linterna eléctrica. Ed cerraba la marcha y no parecía realizar esfuerzo alguno con su carga.

Fred abrió también dos puertas más, antes de detenerse en un pasillo. Allí alumbró una puerta de rica madera, sobre la cual unas letras doradas rezaban:

Harold Wipple. Inversiones. Agente de Bolsa.

Una llavecita que Fred extrajo de su bolsillo franqueó también aquella puerta. Se encontraron en una sala de espera amueblada con regios butacones. Al fondo, una puerta entornada daba paso a un despacho en el que, a la luz de la linterna, distinguieron varias mesas de escritorio y algunas máquinas de calcular y escribir.

Había otra puerta cerrada a la derecha, y hacia ella fue donde Fred guió a la pequeña comitiva. Aquél era el despacho de Harold Wipple, y allí estaba la caja fuerte.

Ed dejó la botella de propano en el suelo. Los otros soltaron también su carga con un suspiro de alivio. La luz estaba recorriendo la puerta de la gran caja de caudales. Guttman refunfuñó:

—No va a ser difícil abrirla... es vieja.

—¿A qué llamas tú viejo? —indagó Yager, secándose el sudor.

—Tiene más de diez años. Las he visto mucho más sólidas que ésta.

—Primero hay que cerrar bien la ventana —advirtió Fred.

Brown aseguró los postigos. Entonces, Fred encendió la luz del techo y señaló la caja.

—Es tuya, Guttman. A ver cómo te portas.

Guttman desprendió un gran estuche de enero que llevaba colgado de la cintura y lo dejó en el suelo. Luego, se quitó la

chaqueta y dejó al descubierto el tubo que debía ser acoplado al soplete, y que llevaba arrollado en torno al cuerpo.

Con movimientos precisos, se lo quitó y lo dejó extendido en el suelo. El estuche de cuero, al ser abierto, se convirtió en un delantal completo que podía cubrirle desde el cuello hasta las rodillas, y que al mismo tiempo servía de cartera para trasladar los útiles necesarios para su «trabajo»; el soplete, las llaves para los cilindros, un taladro y su colección de brocas...

En pocos minutos, los tubos estuvieron fijados al cilindro y a la botella de propano. Luego, acopló el soplete al otro extremo y realizó unos ajustes con la presión de las botellas, hasta que el regulador del oxígeno señaló ciento setenta libras por pulgada cuadrada. Cuando hubo ajustado también la del propano, lo dejó todo y tomó el taladro, escogiendo una de las brocas.

No obstante, al cabo de pocos segundos la broca se partió con un chasquido. Guttman no se alteró lo más mínimo. Eligió otra y esta vez el acero venció al acero. Cuando terminó de barrenar estaba sudando a chorros.

—Es más dura de lo que imaginaba... —resopló.

Tras secarse el sudor, desprendió una mascarilla del bien distribuido estuche de cuero, y se colocó éste como delantal. De un bolsillo extrajo un pedazo de tiza, se acercó a la caja y trazó una línea desde donde había practicado el agujero hasta pocas pulgadas de la parte inferior de la puerta.

—Hay que cortar así —gruñó—. Es la única manera de romper las barras de seguridad y las de la cerradura.

—¿Se abrirá con eso, estás seguro? —preguntó Fred.

—A menos que tenga algún dispositivo fuera de lo común, tiene que abrirse... Apartaos de aquí ahora.

Se colocó la máscara y unos guantes gruesos, empuñó el soplete, que no era otra cosa que una combinación de tres tubos rematados por una boquilla de finísimos agujeros, y encendiendo un grueso mechero abrió las llaves y aplicó la llama al soplete.

Primero surgió una larga llama azulada que emitía un sordo zumbido. Guttman manipuló en las llaves y la llama se redujo un poco, adquiriendo un color más brillante. Inmediatamente, la aplicó a la puerta de la caja y comenzó a recorrer muy despacio la línea de tiza que había trazado.

La pintura burbujeó, esparciendo un olor desagradable, pero no pareció que la llama afectara en absoluto al acero de la caja. Unos minutos después, Ed Brown rezongó:

—Si sigue así, no abriremos esta maldita caja ni en una semana.

—Cállate.

La voz seca de Fred denotó una tensión desacostumbrada en él. Ed le observó y sonrió en su rincón.

De repente, Guttman exclamó:

—¡Ahora está a punto!

El metal se había calentado poco más o menos como Guttman quería. Entonces, la mano del experto en cajas movió la palanca del soplete y en un instante la llama cambió de color, y su longitud quedó reducida a menos de tres pulgadas. Guttman gruñó algo ininteligible y aplicó la punta de la llama al metal recalentado. Inmediatamente, grandes chispas doradas estallaron en el punto donde la llama mordía el acero, y se convirtieron en un surtidor fantástico de vivo color, pero que obligó a los observadores a retroceder cuanto pudieron, casi cegados por el terrible resplandor de los chispazos.

La boquilla se movía con pasmosa seguridad, extremadamente lenta, siguiendo la línea que trazara antes con tiza y que había desaparecido al quemarse la pintura.

Transcurrieron los minutos, lentos, desesperantes. Sólo se escuchaba el zumbir de la violenta llama y el estallido de las chispas, como débiles explosiones. Pronto, el suelo del despacho, alrededor de donde operaba Guttman, quedó cubierto de pequeños copos herrumbrosos, como nieve sucia.

Casi quince minutos más tarde, Guttman manipuló en el aparato y la llama se apagó con un vivo chasquido. Al quitarse la máscara, su

rostro apareció chorreante de sudor y enrojecido por el esfuerzo y el calor.

—Listo —gruñó triunfalmente—. Ahora queda para vosotros.

Fred, con las manos enguantadas como todos los demás, cogió el tirador de la puerta y forcejeó con ella, moviéndola pesadamente. Por un instante, pareció que iba a resistírsele, pero luego sonó un golpe de metal contra metal y algo se desprendió dentro de ella. Cedió y el interior de la caja apareció a la vista, con un buen surtido de fajos de billetes esperando las manos codiciosas de los asaltantes.

Mientras Yager, Guttman y Ed recogían las herramientas, metiéndolas en el estuche de piel extendido en el suelo, Fred fue sacando todo el dinero y guardándolo en una bolsa de lona que había sacado del cinto.

—Ya está —avisó al terminar—. ¿Qué falta todavía?

—Sólo los tubos...

Guttman se los enroscó en la cintura, se puso la chaqueta y todos volvieron a cargar con el equipo que llevaran al entrar.

Unos minutos más tarde, el coche con toda la banda se deslizaba sin apresuramientos hacia el almacén, donde entraron por la puerta de la calle Grant.

Tan pronto las puertas se hubieron cerrado detrás del «Buick», el equipo fue sacado del auto y repartido por distintos puntos del almacén, colocándolo dentro de sendas cajas de madera de gran tamaño, ya casi llenas de piezas pertenecientes a muebles de diferentes estilos.

—Realmente, ha sido muy fácil —comentó Ed, encendiendo un cigarrillo.

Fred le miró. Había un brillo burlón en sus ojos cuando dijo:

—Te has portado bien, muchacho... Careces de nervios y eso es una gran cosa en este trabajo. A propósito, dame tu revólver.

—¿Mi revólver?

—Eso he dicho.

—¿Qué demonios se te ha ocurrido ahora? Puedo cargar con él sin cansarme, ¿entiendes?

—No seas majadero... se trata de los proyectiles.

—¿Qué pasa con las balas?

—¡Dámelo, maldita sea!

Lentamente, a regañadientes, Ed Brown entregó su arma a Fred, el cual extrajo los cinco cartuchos y la cápsula vacía.

—Ya es hora de que te advierta, muchacho... Ninguna de estas balas sirve para nada.

—¿Qué demonios...?

—Les quité la pólvora antes de devolvértelo. Una precaución, ni más ni menos. Una precaución para el caso de que no fueras de fiar... Pero tu actuación de esta noche, y el que no haya sucedido nada, te garantizan.

—De modo que... ¡Maldita sea tu estampa, hijo de perra! —estalló Brown, rojo de cólera—. ¡Me dejaste desarmado en un trabajo como éste...!

—¿Y qué? No ha sucedido nada.

—Pero si llego a tropezar con un poli ni el mismo diablo hubiera podido salvarme...

—Era un riesgo que era preciso correr —opinó Fred, riéndose como si fuera la cosa más divertida.

Pero cesó de reír cuando vio a Brown avanzar hacia él con una mirada homicida en sus ojos oscuros.

—Haré que vayas a reírte en el infierno, bastardo...

Veryan dio un salto atrás y en su mano apareció una automática.

—¡Ya basta, estúpido! —gritó—. Un paso más y te mato como a un perro.

Ed se detuvo con evidente esfuerzo. Se pasó la mano por el rostro y todos advirtieron cómo se relajaba. Suspiró y dijo con un gruñido:

—Okay, Fred, lo siento... Me he dejado llevar por los nervios.

—Así está mejor. Debes comprender que el patrón quería estar seguro de ti... Ese trabajo de esta noche no ha sido más que una

prueba para ti... además de proporcionarnos cien mil machacantes, naturalmente.

—¿Qué demonios... qué clase de prueba?

—Primero, debíamos asegurarnos que servías para estos trabajos, comprobar si tus nervios eran firmes. En segundo lugar, cabía la posibilidad de que, de alguna forma, los polis te hubieran convencido para que trabajases para ellos. Se han dado casos, ya sabes, y si era así, te apresurarías a dar el soplo respecto al golpe de esta noche, con lo que la policía habría acordonado el lugar y la caja habría sido vaciada por su propietario, al que era seguro que los polizontes avisarían. ¿Entiendes ahora?

—Creo que sí... pero tanto tú como los otros habéis corrido un gran riesgo, porque si yo hubiera dado el soplo ninguno habría escapado.

—Tonterías. Si hubiese sido así lo habría sabido con tiempo suficiente... y en última instancia, si el lugar hubiese estado vigilado por la policía, también lo habría sabido con antelación suficiente para dar marcha atrás. ¿Conforme con todo ahora?

—Seguro. ¿Cuándo repartimos?

—No por ahora... Todo el dinero irá al fondo común. Repartiremos cuando John Smith lo disponga, y entonces cada uno se largará por su cuenta...

—¡Eh, un momento! Tú no me hablaste de eso cuando hicimos el trato.

—No te preocupes, recibirás dinero suficiente para vivir bien, pero no tanto que puedas hacer ostentación de él. Una de las pistas que los polizontes descubren primero son los signos de excesiva riqueza en tipos como nosotros. Sólo es una medida de seguridad. Por otra parte, todos estamos conformes con este estado de cosas, porque así cuando liquidemos nos encontraremos con dinero suficiente para empezar de nuevo en cualquier parte, sin preocupaciones ni agobios.

—Bonito discurso —rezongó Brown—. Pero yo no considero que el dinero es mío hasta que lo toco.

—Tendrás que adaptarte... De momento, con trescientos tienes suficiente. Y ahora, atención; mañana al anochecer todos aquí, ¿comprendido?

—¿A qué hora se hará el trabajo? —inquirió Yager.

—A las ocho de la mañana.

—Pero creíamos que sería por la noche...

—A las ocho —repitió Fred—. Pero nos concentraremos aquí, a fin de trazar los planes. Podremos dormir perfectamente montando algunas camas de las que hay en el almacén.

—¿Y dónde daremos el golpe? —preguntó Ed, aburrido de tanta palabrería.

—Eso lo sabrás después que estemos juntos la próxima noche. Buena suerte, muchachos.

Fred se marchó del almacén llevándose la bolsa de lona con los cien mil dólares. Los otros salieron de uno en uno para evitar llamar la atención. Minutos más tarde, sólo quedó Yager en funciones de vigilante del almacén.

CAPÍTULO VI

El reloj señalaba las dos y media cuando sonó el teléfono. Desde que había llegado a su habitación alquilada, Ed Brown había dejado transcurrir el tiempo tendido sobre el lecho, fumando cigarrillo tras cigarrillo y con la mirada perdida en un punto indeterminado del techo, en medio del silencio que envolvía la casa de huéspedes.

Quizá a causa de su abstracción, el timbrado del aparato le hizo dar un salto y quedar sentado en la cama, parpadeando. Pero lo descolgó antes que siguiera escandalizando. No obstante, sintió una leve opresión en el estómago, porque no había nadie que pudiera llamarle...

—Habla Brown —dijo precavidamente—. ¿Quién está al aparato?

—¿Has hecho castillos en el aire, Ed?

La voz susurrante puso escalofríos en su piel.

—Shirley —balbució.

—Veo que recuerdas mi voz...

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Le sonsaqué a Fred. Luego busqué el número de teléfono en la guía. Ha sido fácil.

—Y todo eso, ¿por qué?

—Tenía deseos de oír tu voz de nuevo... Eres un tipo intrigante, ¿sabes?

—Estás diciendo tonterías. Si Fred se entera de esto nos dará un disgusto.

—Eso déjalo de mi cuenta. Siempre que quiero algo lo tomo, le guste a él o no.

—¿Y qué quieres esta vez?

—Oírte. Me gusta tu voz.

—¿Por qué no te burlas de alguien a quien conozcas mejor, nena? Es demasiado tarde para tomarme el pelo. Quiero dormir.

—Si cuelgas estaré llamando toda la noche —sonó una risita y la voz sensual de la muchacha añadió—: Y si dejas descolgado el aparato me presentaré en ese hotelucho y despertaré a todo el mundo hasta que pueda entrar.

—Escucha, monada; soy un tipo pacífico, ¿entiendes? No me gustan las complicaciones, y menos con alguien como Fred. Estoy trabajando para él, ¿lo has olvidado?

—No trabajas para él, sino para el «patrón», ese Smith de todos los demonios, de modo que deja de comportarte como un jovenzuelo asustado y háblame con amabilidad. Tu voz suena mejor si no me gritas.

—No sientes simpatía por el «patrón», ¿eh?

—Ninguna. Me produce escalofríos imaginarlo agazapado en alguna parte, planeando todo, vigilando a Fred y a los otros... a mí incluso. Pero no quiero hablar de eso. Si alguna vez lo menciono a Fred se pone frenético. El no es como tú.

—Voy a colgar, nena.

—¡Espera!

Ed suspiró, pero había una mirada alerta en sus ojos, mientras su mente trabajaba con una celeridad fruto de la larga práctica en resolver situaciones extrañas y difíciles.

—Estoy muerto de cansancio y de sueño, preciosa. ¿Por qué no eres razonable y te acuestas también?

—Me siento demasiado sola, Ed.

—Al demonio con eso. Llama a Fred.

—Te he llamado a ti.

—¿Por qué?

—No lo sé, ésta es la verdad. Pero tú eres distinto... No eres como los otros, perritos obedientes y sumisos. Ni tampoco te pareces a Fred en absoluto...

—Estás diciendo tonterías. Te veré cualquier día de éstos, cuando vayas por el almacén.

—¡Ed, por favor...!

Colgó bruscamente, pero quedóse inmóvil un largo rato, esperando por si el teléfono volvía a dar señales de vida. Pero ya no llamó más y Brown acabó por apagar la luz, disponiéndose a acostarse.

Le preocupaba aquella llamada, tanto si estaba motivada por una cosa como por otra. O Fred estaba tendiéndole otra trampa para bucear un poco más en él, o la muchacha había decidido que un cambio en sus asuntos amorosos era lo que necesitaba, en cualquiera de los dos casos las cosas podían ponerse en verdad difíciles.

Volvió a tenderse en la cama, a oscuras, y comenzó a pensar en el próximo asalto de que les había hablado Fred Veryan. Era imprescindible que supiera los detalles cuanto antes, pero en esto Fred había sido tajante; no les hablaría hasta que estuvieran reunidos, a la noche siguiente.

Decidió que en estas circunstancias no valía la pena seguir preocupándose por el gran golpe, de modo que dejó que su mente volviera atrás y pasara revista al robo de la agencia de inversiones.

Había algunas cosas curiosas en ese asalto. Por descontado, no cabía duda que todos ellos eran profesionales, especialmente Guttman, con su extraordinaria habilidad con el soplete. No obstante, todo había sido tan matemático, tan fácil aparentemente, que por más que pensaba en ello no alcanzaba a comprender cómo había sido posible alcanzar semejante facilidad. O quizá había otros miembros en la organización cuya única misión consistía en preparar el terreno para los miembros ejecutivos...

Insensiblemente, se quedó dormido sin haberse desvestido, pero incluso en sueños su mente no cesó de trabajar incansablemente,

produciéndole interminables pesadillas que convirtieron el sueño en una sucesión de sueños y sobresaltos.

Despertó mediada la mañana, cuando el sol, entrando por la ventana abierta, cayó sobre su cara. Sintiéndose de mal humor, levantóse y permaneció largo rato bajo la ducha fría, hasta que la sensación de cansancio desapareció.

Ed Brown, el matador de un policía, contratado por una pandilla de criminales para que siguiera matando, abandonó la pensión con su mejor talante, igual que un oficinista cualquiera en día de asueto.

Anduvo sin rumbo fijo durante casi una hora. Por dos veces creyó advertir que alguien le seguía, pero no pudo identificar a su «sombra», si en realidad llevaba una. Entró en un bar, donde desayunó. Luego, tomó el autobús hasta el almacén de muebles que servía de cuartel general y refugio a la pandilla.

Encontró a Yager y Wigton cargando una furgoneta con algunos muebles. Yager se detuvo al verlo y exclamó:

—Llegas a tiempo, muchacho. Estoy harto de esta pantomima.

—¿De qué estás hablando?

—Mira, hay que cargar todos estos trastos para que la camioneta pueda marcharse, así que échanos una mano y terminaremos antes.

Sin hacer más preguntas, Brown hizo lo que se le pedía. Tan pronto los muebles desmontados estuvieron cargados, Wigton, vestido con un mono que llevaba un anagrama sobre el pecho, tomó el volante y se largó con el vehículo.

Sólo entonces, Ed exclamó:

—Yo creí que el almacén era una simple pantalla, Yager.

—Y no es más que eso; sólo que un par de veces al día salimos con la camioneta a dar vueltas, así todos los empleados de la vecindad comprueban que aquí se trabaja más o menos. Un almacén de muebles siempre cerrado, sin hacer expediciones, despertaría sospechas.

—Muy ingenioso.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir esta mañana?

—Soy forastero en la ciudad, Yager. Estaba aburriéndome en mi habitación y he salido a dar una vuelta... Bueno, no tenía dónde ir, así que he pensado que aquí encontraría alguien con quien hablar.

—Debes buscarte una chica, Ed —rió Yager—. Su compañía te divertirá más que la mía. ¿No tenías alguna en Nueva York? Allí las hay que le dejan a uno sin aliento, ¿eh?

—Nunca mezclo las mujeres con los negocios. Los tipos más listos han caído por culpa de las faldas.

—Si lo dices por Shirley y Fred, olvídalo. Ella se dejaría cortar la cabeza por él.

Ed pensó en la llamada telefónica de la noche pasada y preguntó:

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Se conocen desde hace mucho tiempo...

Ésa no era una razón muy sólida, pero Brown no la discutió. En lugar de eso dijo:

—Espero que no te equivoques. Oye, hay algo que me preocupa...

—¿Sí?

—Me refiero al dinero. No acaba de gustarme eso de que Fred lo meta todo en un agujero en espera de un día que nadie sabe cuál será... ¿Siempre lo ha hecho así?

—Desde que nos organizamos, poniéndonos de acuerdo para trabajar en equipo. Fred lleva las cuentas de todo con detalle. Cualquiera puede pedirle cuentas y comprobar el saldo, así como las cantidades que tiene apuntadas de los anticipos, como por ejemplo los trescientos que te dio anoche. A cada uno le descontará los adelantos cuando llegue el momento de separarnos.

—Todo eso me parece muy bien, pero ¿dónde se guarda el dinero? ¿Cómo sabemos que está allí realmente?

Yager se encogió de hombros.

—Todo esto quedó aclarado cuando estuvimos planeando la organización. Fred tiene varias cajas de alquiler en distintos Bancos, y él guarda las llaves. Si queremos asegurarnos que nuestro dinero está en esas cajas no tenemos más que elegir cualquiera de ellas y

pedirle que vayamos a ver su contenido. El no tiene más remedio que acceder, así, siempre sabemos que el dinero está donde debe estar, porque Fred no puede saber de antemano qué caja vamos a elegir para ser examinada, de modo que en todas debe haber la parte correspondiente.

—Ya veo... ¿Lo habéis comprobado muy a menudo?

—Tres o cuatro veces en menos de un año. Nunca ha fallado.

—Eso me tranquiliza. Detesto que alguien ande jugando con mi dinero.

Yager sonrió con suficiencia. Brown encendió un cigarrillo y sentándose en una caja gruñó:

—¿Sabes algo del trabajo de mañana?

—Ni una palabra. Fred no da detalles hasta el último momento, así no hay riesgo de que cualquiera cometa una indiscreción involuntaria.

—Me parece muy bien...

—Oye, ¿has visto los periódicos de esta mañana?

—Todavía no, pero no creo que digan una palabra del asalto. No deben haberlo descubierto hasta que han acudido al trabajo.

—No estaba pensando en lo de anoche, sino en el alboroto por la muerte del poli, ahí atrás.

Ed frunció el entrecejo.

—No me acordaba de esto... Deben haber armado un buen revuelo.

—Ya comienzan a dejarlo de lado, pero los dos primeros días no hablaban de otra cosa. Puede decirse que aullaban pidiendo una limpieza general de la ciudad.

—Bueno, opino que está haciendo mucha falta, ¿eh, muchacho?

Yager soltó la carcajada.

—Seguro —rió—. Seguro que está haciendo falta... que nos lo digan a nosotros...

Siguió riéndose por lo que se le antojaba un agudo comentario de su compañero. Sin embargo, Ed Brown no parecía tener malditas las ganas de reír...

CAPÍTULO VII

—¿Está comprendido?

Fred miró a todos esperando cualquier aclaración. Sólo Guttman gruñó:

—¿Estás seguro que ese furgón llevará medio millón en billetes? Es una operación muy arriesgada, y si después resulta que nos hemos jugado el pellejo para nada...

—¿Han fallado alguna vez los informes del «patrón»?

—Bueno, no...

—Entonces, no hay razón para que nos fallen ahora.

El furgón transportará algo más de quinientos mil, en billetes viejos y de todos los valores, destinados a ser destruidos, lo cual quiere decir que sería imposible seguirles la pista.

—Está bien —rindióse Guttman—. Por mí, conforme.

—¿Y los demás?

Todos asintieron con ligeros ademanes. Fred miró a Brown como preguntándole su opinión.

Ed dijo:

—Has dicho que habrá que quitar de en medio a los tres tripulantes del furgón, y parece ser que no tienes idea de cómo ni quién va a hacerlo. ¿Es así?

—Tú eres el tirador de primera. Te los reservo para ti.

—Tal como está todo planeado opino que no habría necesidad de matarlos, Fred. Pueden ponerse fuera de combate sin dificultad.

—¿Empiezas a «rajarte» antes de empezar? No me digas que tienes miedo.

Brown sacudió la cabeza, fastidiado al parecer.

—Cuando hayamos terminado el trabajo podrás hablar de miedo. Pero opino que matar a esos guardianes es una manera deliberada de levantar una polvareda. Los periódicos exigirán nuestras cabezas, y la policía se tomará las cosas por el lado trágico. ¿Has pensado en todo esto?

—Nada de cuanto has dicho me preocupa. Estamos perfectamente cubiertos. No quiero dejar testigos vivos que puedan declarar.

—Okay, ha sido sólo una observación, pero si hay que disparar yo me encargaré de hacerlo, ¿entendido?

—Bien, para eso se te paga.

—Conforme. Yo me ocuparé de los fuegos artificiales, de manera que los demás puedan dedicarse por completo cada uno a su cometido. Los guardianes me corresponden a mí.

—Ya imaginaba que podríamos contar contigo. ¿Hay otras aclaraciones?

Nadie abrió la boca. Fred dio por terminado el conciliábulo y entonces dispuso:

—Habrá que montar algunas camas. Vamos a permanecer juntos hasta la hora de salir.

Brown intervino.

—Yo quiero un par de tragos antes de acostarme. Iré a ese bar del que pareces accionista, Fred.

—Como quieras, pero regresa pronto. No conviene que haya movimiento aquí por la noche.

Ed se encaminó a la puerta, pero antes que llegara a ella Fred le gritó:

—¡Y no soy accionista del bar, muchacho! Sólo que el dueño está de nuestra parte...

—Ya veo... me mandaste allí para que el tipo pudiera vigilarme, ¿no es así?

—Sólo quería estar seguro que no telefoneabas a nadie... Simple precaución, ya sabes.

—Si, ya lo sé.

Anduvo por la acera de la calle Grant, todavía concurrida, y entró en el bar. Dirigió una mirada penetrante al tipo que atendía el mostrador. Era un individuo bajito y casi esquelético, con una piel pálida y amarillenta. Después pidió un *whisky* doble, que le sirvieron sin que nada delatara que era conocido, y con el vaso en la mano se encaminó a una mesa adosada a un rincón.

Estuvo bebiendo a pequeños sorbos. Llevaba cinco minutos allí cuando se abrió la puerta y entró Back, con sus andares torpes, y se encaramó a un taburete. Desde allí le dirigió una mirada indiferente, como si no le conociera.

Ed sintió tentaciones de reír. Todas aquellas maniobras le demostraban que, a pesar de todo, todavía le consideraban un extraño en la pandilla. Si bien tenían la evidencia de que había sido procesado y encarcelado en Nueva York, y la más convincente todavía de la muerte de un guardia, Fred aún sospechaba de él. O quien sospechaba en realidad era el «patrón», aquel diabólico John Smith que los manejaba a todos como si fueran piezas de un tablero de ajedrez.

Un hombre que había estado leyendo el periódico en una mesa vecina, se levantó y se dirigió a la calle, abandonando el diario.

Ed Brown lo tomó y dio un vistazo a los titulares.

Daban cuenta del asalto a la empresa de inversiones, detallando la manera como había sido abierta la caja. Incluso insertaban una pequeña fotografía de la misma, despanzurrada, y otra de Harold Wipple, la víctima del robo, declarando ante el oficial encargado del caso.

En cuanto a las noticias sobre el policía asesinado se limitaban ya a una breve información en una página interior. Ni en uno ni en otro delito la policía había avanzado un paso, pero los periodistas daban por descontado que el robo de la caja fuerte había sido obra de la

pandilla de John Smith y, una vez más, pedían su cabeza entre una catarata de invectivas contra la ineffectividad de la policía.

Brown pasó algunas páginas, hasta que encontró las dedicadas a pasatiempos. Entonces sacó un lápiz y mató su aburrimiento resolviendo todos los acertijos, problemas y laberintos gráficos, ante la mirada desinteresada del dueño del bar.

Back se había marchado hacía rato. Apenas si había movimiento alguno en el establecimiento. Cuando Ed Brown acabó con los pasatiempos, pareció sorprenderse de semejante quietud y, levantándose, se metió el periódico bajo el brazo y con un ademán de despedida dirigido al propietario del tugurio salió a la calle.

Miró en todas direcciones, pero no pudo ver el menor rastro de nadie que pareciera vigilarle. Back debía haber regresado al almacén. Brown echó a andar, pero se detuvo junto a un portal para encender un cigarrillo.

Cuando reanudó la marcha, ya no llevaba el periódico bajo el brazo. Ni en ninguna otra parte, naturalmente.

* * *

Todo se desarrolló con precisión militar, igual que una operación de comandos perfectamente planeada y ensayada. Ayudó a ello el que a tan temprana hora apenas si había media docena de transeúntes en las inmediaciones de aquel cruce.

El gran camión de transporte surgió de la esquina igual que si fuera conducido por un aprendiz. En medio del cruce, su motor lanzó un par de lastimeros jadeos y se paró, bloqueando el paso del furgón que se disponía a cruzar en aquel instante.

Simultáneamente, un coche negro se detuvo también al lado del furgón, y otro lo hizo detrás, todo sincronizado al segundo. Para cuando el chófer del furgón abrió la portezuela de su lado, increpando al conductor del camión, los hombres se desparramaron a su alrededor, los rostros cubiertos por trozos de medias de seda tiznados y empuñando pistolas de diferentes tipos y calibres.

Los dos guardianes que iban en la cabina trataron de reaccionar ante el asalto, pero nadie es tan rápido como una bala, y el hombre que se dirigía a ellos con una calma escalofriante empezó a disparar cuando todavía no habían tenido tiempo de desenfundar sus revólveres de reglamento.

Sonaron tres rápidos disparos, tres estampidos que rebotaron en la calle como cañonazos. Los cuerpos de los dos vigilantes y del chófer rodaron aparatosamente sobre el asfalto. El hombre que había disparado los arrastró, apartándolos a un lado, tan indiferente como si manejara sacos de patatas, mientras sus compinches se encaramaban al asiento del furgón, y el camión que había obstruido el paso se ponía en marcha y los escasos testigos del asalto se apretaban contra las baldosas de la acera rogando a todos los santos que nadie se ocupara de ellos.

Con un rugido del motor, el furgón salió a toda velocidad, seguido por los dos coches en los cuales viajaba el grueso de la pandilla.

Ya no quedaba rastro de ninguno de ellos cuando la policía hizo su aparición en el lugar del crimen, manteniendo a la gente tan lejos como fue posible de los tres cuerpos retorcidos a un lado de la calzada.

No pasaron muchos minutos sin que apareciera una ambulancia, y más coches policíacos, y luego, cuando la ambulancia estuvo lejos, hicieron su aparición los reporteros...

Entretanto, el furgón había penetrado en un estrecho callejón, en el barrio fabril. Inmediatamente, uno de los coches fue a detenerse detrás del vehículo y los hombres del coche procedieron a trasladar las sacas del furgón al auto. Fue una operación llevada a un ritmo seguro y eficiente, de modo que en pocos minutos el furgón estuvo vacío y el coche viajando a velocidad normal, con nuevas placas de matrícula y nada exteriormente que pudiera hacerlo sospechoso.

Finalmente, la agitación acabó al cerrarse las puertas del almacén detrás del coche. El otro ya había llegado antes y en un momento los comentarios entusiasmados ahogaron las órdenes de Fred, que trataba de imponer su autoridad por encima del barullo.

La primera de las sacas, al ser abierta, mostró su fabuloso contenido. Yager hundió las manos en medio de los billetes, manoseándolos alborozado. Fred abrió las otras tres sacas, comprobando el contenido.

Ed le interpeló con ironía:

—¿Te propones contarlo ahora, Fred?

—¡Demonios, no! Vamos a bajarlo al sótano. Después, bajaremos algunas cajas a fin de disimular los bultos, y dentro de un par de días lo contaremos, antes de distribuirlo en los paquetes que se guardarán.

Miró a Brown, y en su mirada había un respeto casi supersticioso.

—Te confieso que me has dejado helado, muchacho —dijo—. Jamás había visto a nadie tan frío con la pistola... No olvidaré fácilmente la manera como te has acercado a esos idiotas..., —era como si te fueras de paseo...

Ed se encogió de hombros, encendió un cigarrillo y se apartó a un lado. Fred le miró durante unos segundos y luego dedicó otra vez su atención a los demás.

—Tú, Back, llevarás el Chrysler lejos de aquí y lo abandonarás, después de quitarle las placas. Y tú, Wigton, harás lo mismo con el otro coche. Y no es necesario que volváis aquí. Andando.

Esperó a que los coches hubieran partido antes de trasladar las sacas con el dinero escaleras abajo. Durante la maniobra, Ed permaneció arriba, fumando, ensimismado, como si le preocupara algo verdaderamente profundo...

Quizá pensaba en la muerte de tres guardias más, que alguien debería cargar en su cuenta.

CAPÍTULO VIII

Aquella noche, los titulares de todos los periódicos lanzaban a la voracidad de sus lectores los detalles del sangriento asalto al furgón y su carga. Las fotografías mostraban el lugar del asalto, y unos dibujos realizados con gran fidelidad describían la maniobra de los bandidos en sus menores detalles, incluyendo los pasos del que había disparado contra los tres guardianes, caídos en cumplimiento de su deber, según rezaban los titulares.

También había unas fotos del callejón con el furgón al fondo, tal como había sido encontrado. En cuanto a los coches y al camión utilizados, la policía estaba segura que eran robados sin lugar a dudas, y no abrigaban muchas esperanzas de encontrar en ellos huellas o pista alguna que les condujera a la captura de los criminales.

Ed Brown leyó todo esto, incluyendo los exaltados reportajes, y no pareció afectarle mucho el relato de su sanguinaria hazaña. Había pasado la mayor parte del día deambulando por la ciudad, entrando en algunos bares y pasando largos ratos sentado en cualquier parte, viendo desfilas a la gente y con el pensamiento Dios sabe en qué parajes lejanos y extraños.

En todo el día no se le acercó nadie, ni advirtió que nadie le siguiera tampoco. Empezó a pensar que Fred ya había desistido de vigilarlo, puesto que con la muerte de los guardianes y la

demostración de insensibilidad que le había proporcionado debía haber llegado a la conclusión de que era de absoluta confianza.

Hasta el anochecer no se decidió a ir en busca de descanso en su habitación. Para ello hubo de tomar el metro. Cuando descendió las escaleras todavía llevaba los periódicos de la tarde en la mano, de modo que los arrojó a la enorme papelería metálica que había al pie de los peldaños. El convoy llegó un minuto después y él lo tomó mezclándose entre la masa de viajeros que regresaban a sus hogares.

Ed Brown pensó fugazmente en su propio hogar y el pensamiento le desazonó, luchando por alejarlo. Pero inesperadamente, todo lo que había tratado de no recordar acudió a su mente con fuerza, y por encima de todo, la imagen de Claire, con su hermoso rostro ingenuo y dulce, apasionado y ardiente en ocasiones, y sus ojos de mirar profundo y acariciante...

Sintió que algo se tambaleaba en su interior, debilitando su férrea voluntad. No podía permitirse debilidades de ese tipo, pero por más que lo intentó no pudo pensar en otra cosa.

Cuando abandonó el tren y salió a la superficie, los recuerdos continuaban asentados en su mente y él ya no se esforzaba por ahuyentarlos, rindiéndose a la evidencia de lo mucho que significaban en aquellos instantes, recreándose en evocar la hermosa cara de Claire, y la perfección de su cuerpo juvenil y cimbreante, viéndolo con tal claridad dentro de sí mismo que incluso creyó percibir en sus manos el calor de su piel suave y tostada por el sol.

Sólo cuando llegó a las inmediaciones de la pensión donde vivía se preocupó de escrutar los oscuros alrededores, pero tampoco allí descubrió nada sospechoso.

Esa vuelta a la tensión diaria le libró en parte de lo que le absorbía por completo. Subió la escalera nuevamente dueño de sí y de sus reacciones.

No obstante, éstas amenazaron con fallarle cuando abrió la puerta de su cuarto, porque al tiempo que sus sentidos se ponían en

tensión al ver la luz encendida, descubrió a la hermosa Shirley tendida en su cama.

La muchacha se incorporó vivamente. Ed cerró la puerta y avanzó con rostro sombrío.

—¿Qué demonios haces aquí? —exclamó, deteniéndose ante la muchacha.

—¿No te alegras de verme, Ed?

—No empieces con la representación, nena. ¿Cómo has entrado?

—La puerta no estaba cerrada con llave... y si lo hubiera estado creo que un billete de cinco habría bastado para que alguien de la casa me hubiera facilitado el paso...

—Debes estar loca, no cabe duda...

—Ed, ¿eso es todo lo que se te ocurre?

—Mira, linda; recoge tu bolso y lárgate con mil demonios. Creo que me entiendes perfectamente con este lenguaje, así que no me obligues a emplear otro.

Ella suspiró y, girando el cuerpo, volvió a dejarse caer de espaldas sobre la mesa.

—¿Quieres que te diga un secreto, Ed?

—Quiero que te largues. ¿Es tan difícil de comprender eso?

—No seas salvaje. Mi secreto te interesa.

—¿De veras?

Shirley cruzó las piernas sin preocuparse poco ni mucho de cómo le quedaba la falda, de manera que mostró una generosa porción de su turbadora anatomía. Brown emitió un gruñido y buscó en sus bolsillos hasta que encontró un cigarrillo.

—Di lo que tengas que decir y vete de una vez —estalló—. No me obligues a echarte de aquí.

—¿Serías capaz de hacerlo?

—Te convencerás por ti misma dentro de poco, si no eres sensata.

Encendió el cigarrillo. La muchacha ladeó la cabeza y le miró con el ceño fruncido.

—Me pregunto qué clase de tipo eres tú, Ed —dijo pensativa—. No eres como los demás...

—Eso ya lo dijiste anoche por teléfono.

—Bueno, quiero hablarte de esa llamada precisamente. Fred me ordenó que la hiciera, ¿sabes? Estaba junto a mí mientras hablábamos.

Ed Brown enarcó las cejas.

—¿Y dónde está ahora, escondido en mi armario?

—Deja los sarcasmos, Ed... El quería que te hiciera acudir a mi apartamento para sonsacarte... El no estaba muy seguro de que fueras de confianza.

—No me sorprende... ¿Y qué esperas que te diga ahora, los secretos de mi vida pasada?

—¡No, maldito tonto! —exclamó, impetuosa—. Esta noche he venido por mi propia voluntad.

—Si la montaña no se acerca a Mahoma, Mahoma va a la montaña...

—¿Qué clase de jeroglífico es éste?

—Olvidalo, y lárgate. Estoy cansado.

—Mírame.

—Te veo perfectamente.

—¿Crees que una mujer como yo puede enamorarse?

—Seguro. Hasta los escorpiones se enamoran... y ya sabes lo que sucede al final.

—¿Qué sucede? Y no entiendo por qué me hablas de escorpiones... ¡Eh, estás comparándome con uno de esos bichos! ¿No es eso?

Brown suspiró con resignación y fue a sentarse en la desvencijada butaca. El suspiro fue casi un gemido de impotencia ante una situación que escapaba a su control.

—Debería abofetearte —dijo ella de repente—. Pero no puedo. Me he enamorado de ti. ¿No es absurdo?

—Es algo más que absurdo, nena.

—No lo entiendo... Fred está loco por mí. Ha habido tipos dispuestos a cualquier cosa a cambio de un poco de mi amor... Y tú no puedes ni soportar mi presencia. ¿Por qué, Ed? No te he hecho nada malo...

—Pero vas a hacérmelo si sigues así, y tú lo sabes. Tan pronto Fred huela que has estado aquí...

—¿Tienes miedo de lo que pueda hacerte?

—Tengo miedo de que me obligue a matarlo. No me gustaría.

Ella se incorporó vivamente.

—No hablas en serio...

—Por favor, muchacha. ¿Por qué no te vas de una condenada vez?

Shirley estuvo mirándole largo rato, mientras él fumaba con ademán tenso. Al fin, saltó al suelo, y, descalza, se acercó a la butaca donde él permanecía sentado.

—Me iré —dijo—. Pero déjame decirte que eres odioso..., quizá por eso me he enamorado de ti. Siempre he sido muy rara..., odio con suma facilidad, ¿sabes?

—Y amas con igual ligereza, por lo que veo.

—No. Eso es distinto.

—Bueno. Puedes decirle a Fred que si quiere saber algo más de mí, puede preguntármelo directamente...

Ella se dejó caer sentada en el brazo de la butaca.

—Me gustaría que me creyeras, Ed... El no sabe que he venido a verte. En realidad, está entusiasmado contigo ahora.

—¿Cómo lo sabes?

—El mismo lo ha dicho esta tarde... Nunca me cuenta sus cosas, pero hoy me ha dicho que tú eres de lo mejor que ha conocido.

—Eso debería llenarme de satisfacción, ¿eh, linda?

Inesperadamente, ella se dejó deslizar y se abrazó a su cuello sin que él pudiera hacer nada para evitarlo.

Y cuando lo intentó, sintió los labios de la mujer sobre los suyos, y no fue un beso desapasionado, profesional, sino un estallido de ardiente vitalidad que penetró en su interior como una revelación.

Aquel estallido le aturdió, y cuando intentó reaccionar y librarse de los tentáculos que le aprisionaban se sintió incapaz de hacerlo, porque hubiera tenido que emplear la violencia, y entonces descubrió que no quería hacerlo y que aquel beso interminable era lo mismo que un narcótico que dominara su voluntad, sumiéndole en un estado neutro en el que no cabía más sensación que la del amor.

CAPÍTULO IX

Yager comentó con entusiasmo:

—¡Somos los tipos más importantes del país, muchachos!

Y arrojó el periódico sobre una caja vacía.

Brown y Guttman le miraron sin hacer comentario alguno, pero Back recogió el diario y se puso a leer el artículo que había entusiasmado a su compinche.

Desde una silla, que tenía inclinada hacia atrás y apoyada en la pared, Fred Veryan dijo:

—Y tú no sabes todavía lo mejor, muchacho.

Todos se volvieron hacia él. Sonrió, satisfecho del efecto causado, y añadió:

—Tenemos a casi todos los fisgones federales de Detroit en danza. Están revolviendo la ciudad, interrogando a todo el mundo y sin ver más allá de sus narices.

Contra lo que él había esperado, su información no causó ningún alborozo en los demás. Guttman refunfuñó:

—No me gustan esos tipos del F.B.I. Preferiría que no se hubiesen metido en esto.

—Asaltamos un par de Bancos y nos llevamos un furgón oficial. ¿Qué esperabas después de esto, que nos mandaran una felicitación?

Ed Brown intervino con su voz desapasionada:

—Opino como Guttman. Es un mal asunto que los federales intervengan en este asunto... Sé cómo trabajan esos tipos, y te aseguro, Fred, que todo el que cree que son idiotas acaba entre rejas... o en la silla eléctrica. Habrá que moverse con mucho cuidado de ahora en adelante.

—Ya sé cómo trabajan —aseguró Fred—. Pero en nuestro caso no significan un riesgo para nosotros porque les conocemos.

—¿Qué quieres decir con eso de que los conocemos?

—Bueno, exactamente lo que he dicho. Tanto el «patrón» como yo sabemos quiénes son los agentes de Detroit. Cualquiera de ellos que intente acercarse a nosotros estará listo.

Brown hizo una mueca y gruñó:

—¿Crees que se puede liquidar a un federal así como así?

—¿Por qué no? Ya despachamos a uno en plena calle, no hace mucho tiempo. Puedes afirmar que murió como otro tipo cualquiera.

Ed sé encogió de hombros y no replicó. Los demás no parecían compartir el entusiasmo de Fred Veryan, pero ninguno dijo una palabra más sobre el asunto, de modo que Fred añadió, para cerrar aquel asunto:

—Les dejaremos que se rompan los cascos durante ira par de semanas. Entretanto, nos tomaremos un descanso para no alborotar más la ciudad, así no habrá peligro de que ninguno cometa un error que les de pie por dónde empezar a seguimos la pista. ¿Conformes, muchachos?

Nadie se opuso a la forzada inactividad. Sólo Ed dijo:

—Tendrás que darme algún dinero, Fred. Voy a ver si me divierto un poco estas vacaciones.

—De acuerdo, pero sin llamar la atención con lo que gastes. Ed. Y todo el dinero que vayas recibiendo te lo descontaré cuando realicemos el reparto final.

—Por supuesto.

—Creo que con quinientos tendrás suficiente para un par de semanas, ¿no te parece?

—Está bien.

Fred sacó un fajo de billetes, contó quinientos dólares y se los entregó. Igualmente, repartió distintas cantidades entre los demás, a razón de lo que cada uno creyó necesitar. Brown admiró la disciplina de semejante grupo.

Después de la entrega del dinero, Fred siguió dando instrucciones.

—Es necesario mantener la actividad del almacén, para que todo el mundo en la vecindad crea que éste es un negocio normal. La camioneta saldrá varias veces al día, cargada de modo que se vean las piezas de los muebles, pero el interior estará vacío y de este modo, en cualquier calle alejada, colocaremos los muebles dentro de la camioneta y cerraremos las puertas, a fin de que podamos volver como si viniera vacía. No llamando la atención del personal que trabaja por estos alrededores nadie sospechará nunca nada.

—Eso es fácil, ya venimos haciéndolo desde un principio —dijo Yager.

Tras esto, Fred distribuyó los turnos de trabajo a cada uno para los días siguientes, asignándose uno para él mismo, tras de lo cual se levantó, dando por terminada la asamblea.

Ed salió por la calle Grant en compañía de Guttman, con el que anduvo un rato sin despegar los labios. Finalmente, Guttman rompió el silencio.

—¿Qué te parece toda esto, Ed?

—¿Qué es todo esto?

—Ese descanso y los federales metiendo las narices en el asunto.

—Bueno, no me gusta poco ni mucho, pero si Fred dice la verdad en cuanto a conocerlos a todos...

—Eso es cierto. El identificó, al que estaba persiguiéndonos por un asalto a un Banco. Pero lo quitamos de en medio antes que pudiera ser peligroso.

—Entonces, opino que no tenemos nada que temer, aunque esas dos semanas se me antojan una pérdida de tiempo.

—Nos convenía un descanso, ¿no crees? Llevamos bastante tiempo dándoles dolores de cabeza a los polizontes.

—Pero, según entiendo, vamos a seguir trabajando hasta que hayamos reunido una cantidad determinada de dinero. Entonces se repartirá y cada uno emprenderá el vuelo por separado. ¿No es así?

—Justamente.

—Entonces, creo que cuanto antes se reuniera ese capital tanto mejor.

—Bien, no hay ninguna prisa. Al principio establecimos un plazo aproximado de un año o un poco más. Todavía no se ha cumplido el año, y según mis cálculos casi tenemos la cantidad que fijamos como tope.

—¿Qué cantidad?

—Medio millón por cabeza. Todos a partes iguales, incluyendo a Fred y al «patrón».

—Lo cual supone unos tres millones, además de mi parte, aunque la mía sea menor. ¿Crees que ya hay tanto dinero?

—Poco debe faltar —aseguró Guttman, entusiasmado—. Con mi parte voy a largarme a California. Creo que montaré un pequeño negocio y me convertiré en un contribuyente amante del orden y todo eso.

Se echó a reír. Brown parecía enfrascado en sus cálculos y apenas si advirtió su risotada.

Se separaron en la parada del autobús. Guttman siguió a pie y Ed aguardó entre otros hombres y mujeres de aspecto aburrido. Sólo que no duró mucho su espera. Al cabo de unos minutos, un taxi se acercó a marcha lenta y él le hizo una señal. El taxi no llevaba la indicación de «libre», no obstante, se detuvo y Ed Brown se acomodó en el asiento trasero.

El chófer emprendió la marcha, a pesar de no haber recibido indicación alguna. Pero miró a su pasajero a través del retrovisor y sonrió.

—¿Dificultades, chico?

Ed refunfuñó un juramento.

—Estaba seguro que me llamarías chico, maldito seas. ¿No te das cuenta que ya he crecido lo suficiente?

—Oh, seguro, seguro, señor Coleman. ¿Cómo van sus asuntos?

—Sigue dando vueltas por el centro para asegurarme de que nadie nos viene siguiendo.

—De eso puedes estar seguro. ¿Tienes algo para comunicar al jefe?

—Muy poco que no sepa ya. Todo lo que pude averiguar hasta ayer estaba escrito en los pasatiempos de los periódicos. Pero es cierto que Fred Veryan y John Smith conocen a todos los agentes de la Oficina de Detroit.

—Malo. Habrá que retirarlos...

—Nada de retirarlos. Que sigan la rutina como hasta ahora. Eso hará creer a esa morralla que todo se desarrolla según sus cálculos y no sospecharán que estamos moviéndonos en otra dirección.

—De acuerdo, Gordon. ¿Qué más?

—Tienen aproximadamente tres millones metidos en varias cajas de alquiler, aunque todavía no sé a qué nombre están...

Un silbido escapó de los labios del conductor.

—¡Tres millones! —suspiró—. ¿Te imaginas lo que puede hacerse con toda esa montaña de dinero?

—Seguro. Ir a pasar un fin de semana a la silla eléctrica.

—No seas lúgubre... A propósito, el inspector jefe está muy nervioso a causa de ese medio millón que se esfumó en el último asalto... Empieza a pensar que no debió hacer caso de tus indicaciones.

—Dile que está seguro, junto con el resto del botín que guardan. Antes que hayamos terminado sabré cómo recuperarlo todo...

—O te cortarán el pescuezo. Estás jugando con dinamita, muchacho.

—Ya lo sé, pero mi cabeza depende más de todos vosotros que de mí mismo. Mientras nadie cometa un error estoy seguro, porque ahora confían en mí plenamente.

—Por supuesto que confían en ti. Después de liquidar a cuatro policías, ¿por qué iban a desconfiar?

—No me lo recuerdes. De sólo imaginar que mi informe en el periódico de la otra noche no hubiese llegado a vuestras manos se me eriza el pelo.

—¿Todavía te quedan cartuchos de fogueo?

El chófer se echó a reír. El supuesto Ed Brown gruñó:

—Ni uno. ¿No hay peligro de filtraciones en estas supuestas muertes? El personal del Depósito de Cadáveres...

—Están bien aleccionados. Por lo demás, ya habrás visto que los periódicos rugen a causa de las «muertes» de esos dignos representantes de la Ley. Y volviendo a lo que interesa, ¿qué hay en ese almacén? No guardarán allí el dinero, digo yo...

—No, lo distribuyen en diferentes cajas fuertes, alquiladas en los Bancos.

—¿Ninguna pista respecto a John Smith?

—Ahí está lo malo. Es como si el tipo no existiera, pero sí que es un hombre de carne y hueso, con un cerebro semejante a una máquina de calcular. Fred no tiene inteligencia suficiente para planear los golpes con semejante lujo de detalles, de modo que hay alguien que le dirige...

—Si pudieras averiguarlo, Gordon, podríamos ajustarle las cuentas por la muerte del muchacho llamado Ford...

—Caerá, no te quepa duda. Debe ponerse en contacto con Fred de algún modo, y cuando averigüe cómo lo hace será nuestro, porque si se comunican por teléfono lo intervendremos.

—¿Crees que sería conveniente que uno de nosotros siguiera a Fred de manera permanente?

—No, lo advertiría, no es ningún tonto. Sólo lo haremos en última instancia, cuando no quede otro sistema para el caso de que se entrevistase personalmente con Smith.

—Está bien, se lo diré al inspector. Estuvimos discutiendo eso anoche y él estaba casi decidido a colocarle un par de «sombras» al tipo.

—Quítaselo de la cabeza, podría estropearlo todo ahora que empiezo a hacer algún progreso.

—¿Han planeado algún otro golpe?

—Ninguno. A propósito de eso, Fred ha dispuesto un par de semanas de inactividad, mientras pasa el estallido por los últimos golpes.

—Bien, cuando quieras que vuelva a ponerme en contacto contigo utiliza el sistema del periódico. De momento tendremos dispuesto todo lo necesario para intervenir cualquier teléfono que nos indiques. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti, Coleman?

El aludido sacudió la cabeza.

—Cruzar los dedos solamente —rió—. Y ahora llévame a la esquina de Garden y Flaubert. Voy a ver si tengo suerte con cierta dama.

—¿Una dama? Oye, ¿y Claire, no irás a darle esquinazo...?

Una nube pasó por la brillante mirada del agente especial del F.B.I, llamado Gordon Coleman, aunque en el nuevo círculo en que se movía se le conociera como Ed Brown.

—¿Sabes algo de ella?

—Nada. Pero mi mujer recibió una postal de Claire desde Washington. ¿Qué es eso de una dama?

—La amiga oficial de Fred. Tengo el presentimiento de que puede ayudarme más de lo que ella mistura; cree.

—Eso puede resultar un arma de dos filos, muchacho...

—Ya lo sé, pero vale la pena arriesgarse.

El conductor se orientó y tomó la dirección que Gordon le había indicado. Después comentó:

—¿Sabes lo que se me ocurre, muchacho?

—Cualquier barbaridad si estás pensando en mujeres.

—Oh, no pensaba en eso ahora, sino en esos tres millones de que has hablado.

—Ya veo...

—¿Tú crees que ese John Smith los repartirá al final de lo que podríamos llamar «su campaña particular»?

—Ya he pensado en eso. Un tipo capaz de montar ese tinglado no creo que vaya a conformarse con medio millón al final de las operaciones.

—Puede librarse de sus cómplices, liquidando a Fred que es el único que parece conocerle, tras de lo cual podrá embolsarse todo el dinero él solito. Quizá sería conveniente que sembraras esta idea en las mentes de esa pandilla, para ver si cunde la desconfianza entre ellos y comienzan a pelear por el botín.

—Eso sería muy arriesgado, porque Fred no tardaría en saber que la cosa había partido de mí. Por el momento, veré si tengo suerte con la muchacha.

—Muy bien, pero cuídate... Estamos llegando a esa esquina.

—Bueno. Oye, hay otra cosa. El robo en la oficina de inversiones me preocupa...

—¿Por qué?

—Huele a un trabajo preparado por alguien del interior. Fred tenía las llaves, y sabía la cantidad que cabría en la caja fuerte... Eso no puede averiguarse así como así... Quizá sería conveniente que tú o cualquiera de los muchachos hiciera una discreta investigación en torno al personal.

—¿Alguna otra cosa?

—Creo que no queda nada más por discutir...

El taxi se arrimó a la acera. Cuando el pasajero se disponía a descender, el chófer volvió la cabeza y alargó la mano.

—No tan deprisa, señor. El taxímetro marca un dólar setenta, si no le importa.

—¿Y quién demonios te mandaba ponerlo en marcha?

Pagó la carrera. Acababa de apearse, cuando una mujer gruesa llegó jadeando y se metió en el coche con un suspiro de alivio. El chófer esbozó una mueca de resignación y emprendió la marcha.

El hombre que volvía a ser Ed Brown esperó a perderlo de vista. Sólo entonces se dirigió a una casa cercana, preocupado y poco seguro de lo que debería hacer en ella...

CAPÍTULO X

Shirley cerró la puerta y se quedó quieta, apoyada contra la madera, mientras sus ojos brillantes no se apartaban de Ed Brown.

—De manera —susurró—, que te has decidido a venir aquí.

El no respondió, ocupado en examinar cuanto le rodeaba. El apartamento era pequeño y limpio, con muebles modernos de colores chillones.

Descubrió un mueble bar en un rincón y se encaminó a él. Por encima del hombro dijo:

—Trae un poco de hielo, ¿quieres, linda?

Ella no se movió. Ed escanció *whisky* en un vaso hasta llenarlo por la mitad. Entonces volvióse y sus ojos acerados se clavaron en la muchacha.

—Y bien, ¿no me has oído?

—¿Quién te has creído que eres, el propietario?

—Tal vez llegue a serlo.

—¿Propietario de qué?

—Be ti... de todo esto.

—¿Olvidas a Fred?

—No. Pero tú sí parecías olvidarlo cuando estuviste en mi cuarto.

—Si él te encuentra aquí te matará. ¿Has pensado en eso?

—Sería lamentable. Por él, naturalmente.

Ella se irguió, apartándose de la puerta. Atravesó la estancia y entró en la pequeña cocina. Cuando regresó traía un recipiente de

cristal lleno de cubitos de hielo.

El tomó dos y los dejó caer en el *whisky*. Esperó a que enfriaran el licor antes de probarlo. Entretanto dijo:

—¿Aprecias realmente a Fred, muchacha? Y observa que no te pregunto si lo quieres porque ya sé que no.

—Pareces saber muchas cosas...

—No tantas como quisiera.

—Lo conozco hace mucho tiempo... años. Me he acostumbrado a él.

—Pero no lamentarías perderlo, ¿no es así?

Ella se estremeció.

—¿Qué quieres dar a entender con eso?

—Es sólo una pregunta.

—Eres un tipo sorprendente, Ed. Me desconciertas. ¿Te propones matar a Fred?

El bebió un sorbo sin apartar la mirada del rostro de la mujer. Sonrió sin alegría cuando dijo:

—Es una buena pregunta... ¿De dónde has sacado la idea de que pienso liquidarlo?

—De tu manera de hablar.

—Olvídalo. Ha sido una manera como otra de preguntarte si lamentarías un cambio en tu... digamos terreno amoroso.

—Ya veo...

—¿Y bien?

—No lo lamentaría. En absoluto. Fred cree que soy un objeto, una propiedad privada sobre la que tiene todos los derechos. Hace mucho tiempo que estoy harta de él. Pero es peligroso... no sabes cuán peligroso puede ser en un momento determinado.

—Yo también lo soy.

Ella se le acercó con movimientos felinos.

—De eso estoy convencida. Fred te teme.

—¿Qué?

—He podido adivinarlo por su manera de hablar de ti.

—Y tú, ¿me temes?

—No.

—¿Ni siquiera sabiendo que soy un pistolero?

—No me importa lo que seas —hizo una breve pausa, como si buscara el valor para adoptar una determinación, y al fin susurró—: Todo lo que me importa es que te quiero.

—Eso es impropio de una señorita —rió Ed Brown con cierta violencia—. Debía haber sido yo quien hiciera semejante confesión.

—Afortunadamente, no soy una señorita.

Los dientes del hombre relucieron en una sonrisa helada. De nuevo preguntó:

—¿Has pensado en lo que sucederá cuando Fred lo sepa?

—Si tú no le temes, yo tampoco. Además, Ed... estoy segura que él no juega limpio conmigo.

—¿De qué estás hablando ahora, quieres decir que tiene otras amistades en alguna parte?

—Oh, tonto; eso no me preocupa. Lo que pienso es que cuando llegue el momento de liquidar la asociación me deje de lado.

—Ya veo...

Estuvo tentado de iniciar la siembra de la sospecha en la mente de Shirley, pero era demasiado pronto todavía. Por otra parte, ella no le dejó mucho tiempo para reflexionar, porque subió los brazos y enlazó los dedos detrás de su nuca, colgándose materialmente de su cuello.

—Desde que te vi me intrigaste —susurró—. ¿Recuerdas la primera vez, en el almacén?

—Perfectamente.

—Ya no pude apartarte de mi pensamiento. Fue una cosa extraña, Ed. Yo nunca había creído en el flechazo... Tal vez sigo sin creer en él, no lo sé, pero estoy segura que te quiero.

—Bueno, es arriesgado afirmar semejante cosa... ¿Qué esperas que te diga a mi vez, que estoy loco por ti, que tú entras en mis sueños y todas esas tonterías?

—No, sé que no eres de esa clase de hombres que pierden el tiempo diciéndoles a las mujeres lo que sienten por ellas... Tú

prefieres demostrárselo.

—¿De dónde sacas ahora esa teoría?

—Porque tú eres un hombre que no encajas en este ambiente...

Ed sintió un escalofrío en la espalda. ¿Sería posible que aquella muchacha fuera capaz de captar lo que los mismos asesinos no habían sabido ver?

—Creo que dices muchas tonterías, cariño —masculló.

—Tal vez, pero, tú eres de una clase que toman lo que quieren sin detenerse ante nada, ¿no es verdad? Aunque se trate de una mujer...

—Algo hay de cierto en eso...

—Entonces, tómame, Ed...

La besó suavemente, sintiendo un principio de remordimiento porque estaba seguro que ella no fingía esta vez. Pero el beso se encargó de borrar todo lo demás. Luego, la apartó con suavidad, mirándola a los ojos.

—Me parece que voy a beber otro trago. Tus labios arden, linda.

—¿Y te han dado sed?

—¿Tú qué crees?

—Prepara otro para mí entonces. Lo necesito.

Vertió *whisky* en los dos vasos, les añadió hielo y llevó uno a la muchacha, que se había sentado en el diván con languidez.

Ed indagó:

—¿No temes que Fred se presente de un momento a otro?

—Hoy no vendrá... en toda la noche.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Ella paladeó un sorbo de licor. Luego murmuró:

—Tiene conferencia de negocios.

—¿Cómo?

—Entrevista con John Smith.

Ed Brown no pudo evitar un respingo.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco los síntomas. Además, no tiene mérito porque él mismo me lo ha dicho para cancelar nuestra cita de hoy... Teníamos

que asistir a un estreno teatral.

—Entiendo. De manera que no aparecerá en toda la noche.

—Así es... Toda la noche es nuestra, Ed, solamente nuestra...

El inclinó la cabeza y la besó. Estaba preocupado por multitud de pensamientos, pero el beso hizo tambalearse todo el edificio mental que estaba edificando con esfuerzo.

—¿Le conocías ya antes que montara esta organización?

La pregunta hizo que la muchacha se echase hacia atrás.

—¿A qué viene ahora eso, Ed?

—Quiero saber el terreno que piso respecto a Fred... no me gustaría tener que matarlo, y quizá pueda mantenerlo a raya sólo con una presión más o menos fuerte.

—Ya veo...

—Dime, ¿le conocías, sí o no?

—Sí. Por aquel entonces era un «Don Nadie», ¿comprendes? Pero entre los tipos que se movían en mí ambiente era el mejor. Tenía algunas ideas y sabía cómo sacarles provecho.

—Sigue —la animó.

—Bien, un buen día desapareció. Estuvo ausente cosa de un par de meses. Cuando regresó, había organizado la pandilla y me habló por primera vez de un misterioso «jefe» cuyos planes nos harían ricos a todos.

—Y tú, ¿lo creíste?

—Por supuesto que no. Pero él estaba segura de que iba a obtener una fortuna y supo contagiarme el entusiasmo. Me uní a él... y desde entonces.

—Y acertó, porque han reunido una auténtica fortuna, ¿no es verdad?

Ella asintió con un gesto y bebió otro trago del vaso. Lo dejó sobre la mesita y se encaró con él.

—¿Qué piensas, Ed? —susurró, acercando sus labios a los del hombre.

—En ti, en mí... En Fred... y en esos millones.

—Es una mezcla explosiva, ¿no crees?

—Podría hacerse estallar en cualquier momento si tú quisieras.

Shirley al oír estas palabras se inmovilizó, mirándole al fondo de sus ojos color de acero.

—No te comprendo...

—Mejor así.

Se apartó un poco más.

—Ed, me asustas... ¿Cuál es esa idea que parece tener?

—He de madurarla todavía, linda.

—¿Y me la dirás cuando estés seguro de ella?

—Seguro. Tú ocupas un lugar de privilegio en mi idea.

Ella le acercó los labios una vez más y los besó. Deseaba que los besos fueran sólo un simple trámite para no olvidar que estaba tentando a la muerte, para recordar en todo momento que él era un hombre del F. B. I., y que en un lugar determinado había una mujer esperándole...

Pero el beso de Shirley no admitía dilaciones ni frialdad. Daba el fuego que ardía en su interior y exigía el mismo fuego a cambio. Ed Brown, metido en su papel, pensó que podría resistir aquello sin mayor esfuerzo, pero de repente se encontró vencido y deseando salir derrotado en la lucha de voluntades entabladas.

Fue una especie de estallido en todos sus nervios y se rindió, hundiéndose en brazos de la mujer mientras la abrazaba desesperadamente, como un náufrago en medio de una tormenta...

CAPÍTULO XI

Los días siguientes fueron un continuo especular de los reporteros y cronistas de la ciudad sobre las probabilidades de la policía, que hasta el momento no había conseguido la menor pista.

Cosa curiosa, ninguno de los periódicos parecía prestar atención al hecho de que la pandilla de John había cometido delitos federales... como si los agentes del F. B. I., no estuvieran interesados en la captura y destrucción de los criminales.

Bien es verdad que, con los interminables espacios dedicados a los recientes sucesos apenas si les quedaba un poco para el Vietnam y otro poco para la comidilla política del día. Todos los tiros literarios se dirigían a la ineptitud oficial en terminar con la amenaza que pesaba sobre la población, la hacienda de los ciudadanos y esos mismos ciudadanos, amenazados por una tropa de criminales sin freno.

Yager leía todo esto tumbado en una de las camas del almacén de muebles. Fumaba con calma y de vez en cuando soltaba una risita de contento.

Ed Brown, desde cierta distancia, le contemplaba con el ceño fruncido.

Rabo un momento en que no pudo contenerse y exclamó:

—¿Que encuentras de divertido en todo esto, Yager?

—¿Pero no lo comprendes? Todo es divertido... No saben por dónde navegan. Van a la deriva... Ni la menor pista. Y cuando

puedan encontrarla ya será demasiado tarde.

Ed se enderezó.

—¿Por qué demasiado tarde?

Yager frunció el ceño.

—¿Desde cuándo no has visto a Fred? —preguntó.

—Desde que nos separamos aquí, tras el asalto al furgón.

—Bueno, entonces... Bien, vamos a repartir después del próximo golpe.

El federal, bajo su personalidad de Ed Brown, dio un respingo.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Fred lo dijo.

—Ajá... Ésa es una gran noticia. ¿Y cuándo será el próximo asalto?

—De eso no nos dijo una palabra. Pero no importa, sea cuando sea, será el último. Y después, Ed, a vivir... ¡Madre mía! ¿Te imaginas lo que voy a hacer yo con esa montaña de dinero?

—No puedo imaginarlo, por supuesto. ¿Retiró el medio millón del sótano?

—No, esta tarde haremos los paquetes y lo depositará junto con todo lo demás.

—Ya veo...

Yager dejó el periódico a un lado y buscó una postura más cómoda sobre la cama sin colchón. Con voz soñadora murmuró:

—Voy a largarme a cualquier país suramericano... Tal vez a Brasil. Siempre he deseado conocer Río... Y allí, muchacho, la gran vida. Mujeres. ¿Entiendes? Las mejores mujeres para mí. Y buena comida, y una buena casa...

—Hasta que no te quede un centavo y vuelta a empezar, ¿eh?

—No seas aguafiestas, maldito idiota —se echó a reír—. Bueno, quizá coloque algún dinero en negocios o algo así. Ya veremos.

Ed le contempló con cierta lástima. Luego gruñó:

—Se me ocurre que me uní a la pandilla demasiado tarde.

—¿Eh?

—Seguro. Si hubiese empezado al mismo tiempo que vosotros, ahora me tocaría la misma tajada.

—Bueno, no te quejes. Un cuarto de millón por un par de semanas de «trabajo» no es ninguna bicoca, ¿eh, chico?

—¡No me llames chico!

Yager ladeó la cara, asombrado por la seca exclamación.

—¿Qué bicho te ha picado, Ed? —Gruñó.

Éste se maldijo por haberse dejado vencer por los nervios. Sonrió y quitó importancia a la cosa con un ademán, al tiempo que exclamaba:

—Olvídalo, una tontería.

—Bueno... a veces eres un tipo muy raro, ¿sabes?

En aquel momento se abrió la puerta de la calle Grant y entró Fred, elegante como siempre, erguido y pisando firme.

—¿No han venido los demás?

Ed saltó fuera del cajón vacío que le servía de asiento.

—Todavía no. ¿Tenían que venir?

—Me hubiera gustado que... Bueno, no tiene importancia. Tú podrías ayudarme a hacer los paquetes.

—¿Qué paquetes?

Fred se interrumpió en la delicada operación de quitarse la americana y doblarla con sumo cuidado.

—¿Qué paquetes van a ser, hombre? Los de la «pasta». He de llevarla a las cajas.

—Ya veo... Bueno, cuanto antes terminemos mejor, ¿no?

Se encaminó al sótano seguido de Fred. Se fijó en que éste no llevaba armas, seguramente para evitar complicaciones si por cualquier causa era detenido. Pero resultaba un dato a tener en cuenta para el futuro.

Fred vació los sacos de dinero sobre el suelo. Una catarata de billetes de todos los valores se esparció sobre el cemento, bajo la amarillenta luz de la bombilla solitaria.

—Un espectáculo digno de un rey —comentó el gángster—. ¿No te parece, Ed?

—Magnífico...

—Tenemos que contarlos. Paquetes de cien mil y otro con el resto, si hay más de medio millón. Así es fácil de guardar en cajas de alquiler.

—Una idea sensata.

Empezaron a contar. Eran billetes viejos y muchos de ellos deteriorados, pero perfectamente legales. Si lograsen ponerlos en circulación nadie sería capaz de seguirles la pista en absoluto.

Sólo de pensar en eso, Ed Brown se estremeció porque la idea de permitirles seguir adelante con el asalto había sido suya única y exclusivamente, de modo que la responsabilidad, llegado el caso, caería también sobre sus hombros.

Amontonó los primeros cien mil, apartándolos a un lado. Se sorprendió de la fría calma que experimentaba, a pesar de estar manejando tanto dinero como no volvería a tener a su alcance en el resto de su vida.

Fred contaba a media voz, como si necesitase oírse para no perder la cuenta. Cuando estuvieron los cinco montones dispuestos, quedaron once mil dólares aparte.

—Quinientos once mil —masculló Fred con entusiasmo—. ¿Qué te parece, muchacho?

—Una bonita cifra. ¿He de acompañarte para depositarlos?

Súbitamente alerta, Fred levantó la cara.

—No, nunca me ha acompañado nadie. ¿Por qué piensas que esta vez es distinto?

—Bueno, nunca debes haber transportado una cantidad tan enorme...

—Di más bien que desconfías. ¡Vamos, dilo de una maldita vez!

El federal se enderezó ante la salvaje violencia de aquella voz.

Pero tal vez fuese llegado el momento de actuar de distinta manera que hasta entonces. Se levantó, dejando la americana desabrochada. Por la abertura podía verse la negra culata de su revólver.

—Y bien —gruñó—, desconfío. Es dinero mío el que está metido en un lugar que en caso de apuro no podré alcanzar por mí mismo. ¿Quién me dice que en un asalto cualquiera no caes acribillado? Todos estamos expuestos a ese riesgo. ¿Y qué sucedería entonces? —hizo una pausa. Fred estaba pálido como la muerte ante el estallido. Y añadió—: Bien, dime qué sucedería, Fred... ¡Vamos, dímelo! ¿Quién sacaría ese dinero para repartirlo entre todos?

—No te dispaes, Ed, muchacho...

—Ninguno de los otros sabe a ciencia cierta en qué Bancos están las cajas. Y, aunque lo supiera, no podría ni acercarse a ellas.

—No seas idiota. En ese caso que has expuesto, John Smith haría el reparto.

—¿De veras?

El sarcasmo de aquella voz sobresaltó a Fred. Sus ojos inquietos no se apartaban del muchacho y su culata asomando fuera de la funda.

—Ése es el trato —añadió con voz insegura—. Si yo caigo, él sacará el dinero, lo dividirá en partes iguales y mandará los paquetes aquí, al almacén.

—¡Con un demonio!

—¡Ed, no te consiento...!

—¡Con un demonio, Fred! —repitió el federal, metido en su papel de rufián—. John Smith, o como infiernos quiera que se llame, se embolsará los millones si tú desapareces. ¿Por qué no tendría que hacerlo? Ninguno de nosotros sabe quién es ni qué aspecto tiene. ¿Crees que sería tan imbécil de efectuar el reparto sólo porque la conciencia podría remorderle? Por lo menos, yo, en su lugar, no lo haría. Y tú tampoco, Fred, digas lo que digas.

El gángster seguía pálido como un sudario, pero en sus ojos había estallado algo semejante a una llamarada.

—Tú crees que... —empezó, pero calló inmediatamente. Ed Brown gruñó:

—Sinceramente, Fred, si tú estuvieras en el lugar de John Smith... ¿Repartirías los millones, pudiéndote quedar con todos sin

riesgo alguno?

—Bueno, todo esto es muy problemático...

—Así no respondes a mi pregunta.

—Nadie ha dicho que vaya a responderla. Y basta ya, maldita sea. Hay que empaquetar ese dinero.

Se aplicó a hacer seis paquetes con papel grueso de embalaje. Luego los aseguró con cinta adhesiva y, finalmente, los ató con un cordel lleno de nudos.

Ed le miraba hacer con el ceño fruncido. Sabía que había sembrado la semilla de la sospecha en la mente del pistolero. Sólo era cuestión de tiempo el que la semilla germinase con su carga de suspicacias y celos.

Cuando Fred se incorporó ya no parecía tan seguro de sí mismo como de costumbre. Durante unos segundos miró al que él creía un despiadado asesino y, finalmente, preguntó casi a regañadientes:

—¿Quieres acompañarme, Ed?

Éste sintió la tentación de aceptar, porque de esta manera lograría saber en qué Bancos estaban algunas de las cajas de alquiler. Luego sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No, Fred —dijo con calma—. No me has comprendido. Yo no desconfío de ti en absoluto. Es de ese Smith que no me fío, ¿entiendes? Sé que mientras tú estés vivo mi dinero estará seguro. Mi confianza en ti es completa.

Fred le miró unos instantes, desconcertado. Luego, sonrió.

—¿Sabes, Ed? Eres el tipo más estupendo de cuantos he conocido. De veras... Y tienes ideas además. Ya lo creo que tienes ideas...

Giró sobre los talones y empezó a subir las escaleras. El federal apagó la luz y le siguió, un tanto perplejo, pero seguro de que tarde o temprano sus palabras producirían el efecto para el cual habían sido pronunciadas.

Al llegar arriba preguntó:

—¿Vas a necesitar me esta noche, Fred?

—No... Creo que voy a pasarme la noche en casa, para reflexionar, muchacho.

Se miraron larga y escrutadoramente. Ed sonrió al final y el gángster abandonó el almacén apresuradamente.

El agente federal encendió un cigarrillo. Se despidió de Yager y, sin titubear, se encaminó a casa de Shirley.

Era el momento de forzar los acontecimientos.

CAPÍTULO XII

La muchacha le rodeó el cuello con los brazos y le besó fugazmente.

—¿Por qué no te quedas esta noche, Ed? —susurró.

—Tengo un par de cosas por hacer todavía... y quiero pensar a fondo en algo que se me ha ocurrido.

—¿Y no puedes hacerlo aquí?

—¿A tu lado? —replicó él, apartándola suavemente—. Tú me impides pensar... y casi respirar.

—Me gustaría estar segura que en tus pensamientos estoy yo, Ed..., pero lo dudo. Eres un tipo extraño, ¿sabes? Impenetrable, ésta es la palabra. Nunca sé a qué atenerme respecto a ti.

—Eso no debe preocuparte...

—Pero tú sí estás preocupado, aunque no sea a causa de mí. ¿Por qué, Ed? O tal vez no confías en mí aún...

El la miró larga y escrutadoramente. Titubeó unos instantes y al fin pareció decidirse. Al igual que le habían probado a él al principio...

—Tú formas parte de lo que me preocupa, linda —dijo—. ¿Recuerdas lo que me dijiste la otra noche?

—Te he dicho tantas tonterías, amor...

—Me refiero a que no crees que Fred juegue limpio contigo.

—Oh, eso; bueno, estoy segura que me echará a un lado cuando decida largarse con su parte.

—Bien, he estado pensando mucho sobre este asunto.

—¿Por qué?

—Ésa es la idea que me preocupa. ¿Quién nos garantiza que Fred y el «patrón» van a repartir el botín con nosotros?

Ella le miró como si le creyera loco. Luego, la expresión de estupor dejó paso a otra de profunda inquietud.

—¿Quieres decir que van a quedarse con todo ellos dos? — balbució.

—¿Quién podrá impedirselo? Incluso el «patrón», ese John Smith, puede quedarse con la totalidad del dinero eliminando a Fred, ya que él es el único que le podría identificar en un momento determinado. Así no tendría ni siquiera que preocuparse por los otros, puesto que ninguno de nosotros sabe quién es en realidad.

Ella quedó muda de estupor. Era evidente que nunca se le había ocurrido pensar en semejante posibilidad.

—Eso sería una canallada, Ed —susurró.

—De acuerdo, pero no creo que esa idea detuviera a Smith.

—Me pregunto si se le habrá ocurrido a Fred pensar en eso alguna vez.

—Tal vez no, si tiene confianza ciega en el «patrón». Pero ten en cuenta que sólo son suposiciones. Es posible que decidan repartir entre los dos, con lo cual se embolsarían más de un millón por cabeza...

—Ed...

—Dime.

—Ya me has dicho lo que te preocupa. Ahora quiero saber si también has pensado en una solución para asegurar tu parte.

—He pensado en algo mejor que eso, nena...

—No te comprendo, pero tengo confianza en ti.

El hizo una larga pausa. Sus ojos de halcón, brillantes y alertas, no se apartaban del rostro de Shirley, hasta llegar a inquietarla.

Al fin dijo:

—Tú y yo haríamos grandes cosas con esos millones, linda... Con todos los millones.

Ella tardó unos segundos en captar todo el significado de aquella idea. Palideció y retrocedió un paso, estupefacta.

—Tengo miedo de comprenderte, Ed...

—Es muy fácil, ¿no crees? Lo mismo que pueden hacer ellos lo podemos realizar nosotros. Quedarnos con todo y emprender el vuelo.

—No puedo creer que hables en serio... Te matarían antes que pudieras acercarte al dinero. Y yo no quiero que corras ese riesgo, Ed..., porque te quiero.

—Corremos riesgos continuamente. ¿Qué importa uno más?

—Pero es que no podrías hacerlo... Sólo Fred y Smith conocen dónde está guardado el dinero...

—Ya lo sé.

—Además, Smith te perseguiría hasta el fin del mundo si consiguieras salirte con la tuya.

—No si antes le cortaba las alas.

—¡Ed!

—Es un hombre como los demás. Todo consiste en descubrir su identidad, ¿entiendes?

—Pero... eso es imposible. Sólo Fred se entrevista con él, o por lo menos le habla por teléfono para recibir instrucciones. ¿Cómo pretendes saber quién es?

—No lo sé todavía. Pero debe existir algún medio... Si pudiésemos saber a qué número telefona Fred...

—Pero yo no lo sé, querido... Algunas veces ha telefoneado desde aquí, ya te lo dije; pero nunca he podido ver qué número marcaba.

—Bien, hay un medio de averiguarlo...

Ella le miró, asustada e interrogante. El pensó en las investigaciones que sus compañeros estaban realizando en aquellos momentos por toda la ciudad, en sus vanos esfuerzos, en la muerte de Jim Ford y del resto de víctimas de aquella pandilla...

—Obligar a Fred a revelarme ese número de teléfono, o la identidad de Smith, si él la conoce.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nunca lo conseguirás. El no es nada blando y si puede te matará, Ed.

—Yo me ocuparé de que no pueda hacerlo. ¿Estás dispuesta a ayudarme en esto, linda?

—Sí, si has de llevarme contigo cuando te vayas de la ciudad.

—Vendrás conmigo, pase lo que pase.

—Entonces, cuenta conmigo, Ed.

El la besó rápidamente, se encasquetó el sombrero y dirigióse a la puerta a largas zancadas.

Sin embargo, antes que pudiera llegar sonó el teléfono y el sonido del timbre le detuvo, viendo cómo ella descolgaba el auricular.

—Diga, aquí Shirley Alard...

Hubo una expresión de extrañeza en su rostro. El agente federal volvió atrás y acercó la oreja al aparato, pero no pudo oír nada.

Ella repitió:

—Diga, ¿quién está al aparato? ¡Hable!

Entonces sonó un golpe seco, como si al otro extremo de la línea alguien hubiese dejado caer el auricular sobre una superficie de madera. Reinó el más completo silencio, pero la comunicación no se cortó.

Ella apartó el auricular y miró a Ed con el asombro reflejado en su semblante.

—¿Qué crees que significa esto, Ed, una broma?

—No lo sé. ¿Qué te han dicho?

—Nada.

—¿Ni siquiera al principio, antes que yo llegara junto a ti?

—En absoluto. Me ha parecido escuchar una respiración extraña, violenta o algo así. Luego ese golpe...

El había depositado el auricular en su soporte, pero volvió a levantarlo y escuchó. La línea seguía retenida por el otro aparato.

—Es extraño..., sigue descolgado. Quizá se trate de una avería. Tengo que irme ahora, nena. No salgas de aquí hasta que te diga lo que debes hacer. Espero que no me falles, querida.

—Puedes confiar en mí, Ed...

Abandonó el apartamento. Sabía que aquella interrupción del teléfono no era debida a una avería. Pensó que sus compañeros debían haber decidido intervenir el aparato y que alguna de las conexiones había fallado, cortando la línea. Debería advertirles tan pronto como pudiera.

Llegó al portal de la calle. Instintivamente, miró a ambos lados de la calle. Vio a un hombre grueso que se acercaba. No tenía aspecto sospechoso ni mucho menos, de manera que salió y anduvo sin prisas en dirección contraria a la que llevaba el solitario noctámbulo.

Cuando se cruzó pudo verle un instante el rostro. Era rojizo y mofletudo, a pesar de que su cuerpo no daba la impresión de gordura, sólo de corpulencia cuando se le veía de más cerca.

Ambos se cruzaron y aquella cara comenzó a tomar forma en la mente del entrenado agente especial, pero no logró saber qué o a quién le recordaba.

Siguió andando hasta que encontró un taxi y le dio una dirección cercana a la casa de Fred Veryan.

En todo el trayecto no pudo borrar la cara enrojecida del desconocido. Estaba seguro que le recordaba la de alguien visto alguna vez..., pero fueron inútiles todos los esfuerzos que hizo para identificarla.

—Hemos llegado, amigo.

La voz del taxista le devolvió a la realidad. Pagó la carrera y esperó en la acera hasta que el coche se hubo perdido de vista.

Entonces rodeó la manzana de casas bajas, residenciales, y se encontró ante la cerca de un pequeño jardín bastante descubierto. No pudo imaginar a Fred entregado al cuidado de las flores. No encajaba con su carácter.

Saltó la verja de madera y fue a situarse cerca de una ventana iluminada, pero las cortinas corridas le impidieron ver el interior.

Contrariado, rodeó la casa de una planta hasta encontrar la puerta trasera. Instintivamente, sacó el revólver antes de empuñar el tirador y girarlo con gran cuidado.

La puerta no estaba cerrada con llave y cedió sin un chirrido. El interior estaba a oscuras, pero al débil resplandor que entró por la puerta distinguió una especie de salita blanca contigua a una pequeña cocina.

Cerró otra vez. Su mano era firme como una roca al empuñar el revólver. En aquellos momentos, Ed Brown quedaba borrado del mapa y ya sólo existía Gordon Coleman, el agente especial del F.B.I., destacado en una misión casi suicida.

Pero quizá los altos jefes del Departamento Federal hubieran tenido mucho que objetar sobre lo que se proponía hacer aquella noche, por cuanto aquello estaba reñido con todas las ordenanzas que se le habían inculcado desde sus tiempos de la academia de Quántico.

Se adentró en la oscura casa buscando la estancia donde brillaba la luz. No tardó en encontrarla, porque la casa era pequeña y todas las dependencias estaban agrupadas en su única planta.

Una puerta abierta dejaba salir el raudal de claridad que barría las sombras de un espacioso vestíbulo, al cual daban una serie de puertas. Se acercó a la luz, levantando el revólver. Cruzó el umbral con los nervios tensos. Incluso preparó en su mente lo que iba a decirle a Fred Veryan para obligarle a permanecer quieto..., sólo que jamás llegó a formular su amenaza.

Fred yacía sobre una gruesa alfombra salpicada de sangre. No cabía duda que estaba muerto, y al acercarse comprobó que la sangre había brotado de las diferentes heridas de bala que tenía en el pecho, suficientes para haberlo matado una docena de veces si hubiesen sido de mayor calibre.

Pero eran balas de un «37» a lo sumo, de modo que había tardado algunos instantes antes de expirar. Coleman soltó un juramento entre dientes y guardó el revólver.

En aquel instante descubrió el teléfono. Estaba descolgado, derribado y con el auricular caído a un lado, no muy lejos de la mano del cadáver.

CAPÍTULO XIII

Algo semejante a un timbre de alarma comenzó a vibrar en su mente, mientras sus ojos permanecían clavados en el teléfono. Luego, la comprensión estalló ante su mirada con la misma claridad que una bengala y dio un salto, precipitándose al aparato.

Ni siquiera perdió tiempo en protegerse las manos con un pañuelo. Golpeó repetidamente la palanca, llevóse el auricular al oído y escuchó.

El sonido característico de restablecerse la línea le advirtió que podía marcar, y lo hizo con dedos que temblaban. ¿Por qué el moribundo había tratado de telefonear, y a quién?

Casi no quedaba más que una respuesta, teniendo en cuenta la extraña llamada recibida por Shirley...

Y si eso era cierto, ¿por qué razón había intentado hablar con ella? No para pedirle ayuda, en cuyo caso habría acudido a un médico, como el que estaba a sueldo de la organización.

¿Entonces?

El timbre comenzó a sonar al otro extremo de la línea, insistente, enervante al no interrumpirse. Nadie acudió a contestar.

Un frío de muerte le recorrió el cuerpo. Colgó al aparato con un golpe que estuvo a punto de hacerlo pedazos, dio un último vistazo al cadáver y se lanzó hacia la puerta como si le persiguieran todos los demonios del infierno.

La calle estaba desierta. Comprendió que en aquel barrio no encontraría taxi alguno y por un instante la desesperación hizo presa en su ánimo. Ahora ya sabía por qué Fred había tratado de hablar con Shirley, sintiéndose morir...

Para advertirla. O para decirle que huyera, que el asesino se dirigía también a su encuentro... ¿Para qué otra cosa podía haberla llamado, cuando estaba muriéndose?

Recordó que Fred poseía un Ford casi nuevo y volvió atrás a todo correr. Frenéticamente, sabiendo que cada segundo caía en la cuenta de la muerte, registró los bolsillos del cadáver hasta apoderarse de las llaves del coche. Ni siquiera advirtió que se había ensuciado de sangre. Volvió a salir a tal velocidad que al cruzar el jardín semejó una sombra fugaz.

Descubrió el auto de Fred estacionado a poca distancia de la casa. Saltó a él y el motor rugió, brutalmente acelerado. Luego voló materialmente calle abajo, como si quisiera demostrar que el coche era capaz de hacer todas las maravillas que sus fabricantes pregonaban.

Por dos veces estuvo a punto de estrellarse contra otros vehículos, y las dos esquivó por menos de una pulgada. Tomó las esquinas sobre dos ruedas. Una de las veces notó el violento roce del metal contra metal y uno de los coches aparcados dio un salto de costado bajo el impacto de aquel bolido.

Cuando lo detuvo delante de la casa de apartamentos, Gordon Coleman se sorprendió al advertir el loco golpeteo de su corazón. No recordaba que jamás se hubiera sentido tan alterado, ni siquiera en instantes cruciales, con las balas buscándole y zumbando a su alrededor...

Lanzóse escaleras arriba saltando los peldaños de tres en tres. La puerta del apartamento estaba cerrada, pero sacó la llave que Shirley le diera y abrió, precipitándose al iluminado interior.

Mas no avanzó mucho. Detúvose en seco al ver el cuerpo retorcido de la muchacha, con su vestido rasgado y su fina piel cubierta de arañazos profundos y algunos con pequeños regueros de

sangre. Debía haberse defendido con la desesperación de la muerte...

Tenía una profunda herida en un costado, un poco más abajo del seno izquierdo. Los grandes ojos de la muchacha parecían de vidrio, muy abiertos y fijos.

Coleman sintió una oleada de sangre azotarle el rostro. Sus dientes rechinaron ante aquel inútil crimen. Inclinandose, cerró suavemente los ojos muertos y masculló con voz ronca:

—Descansa en paz, pequeña..., porque él pagará lo que te ha hecho. Ahora..., ahora sé quién es.

Coleman sintió una oleada de sangre azotarle el rostro. Sus dientes rechinaron ante aquel inútil crimen.

Se incorporó, rígido, con un gran vacío en el estómago. Había creído que ya nada podría alterarle, que después de los entrenamientos y de las experiencias vividas ningún cadáver sería capaz de hacer saltar sus nervios como cables demasiado tensos... y se había equivocado.

Retrocedió lentamente hacia la puerta, con la mirada clavada en el ultrajado cadáver. Pero ante sus ojos veía un rostro rojizo y mofletudo, un cuerpo corpulento y un andar pesado..., y sabía ya dónde había visto antes aquella cara.

En una fotografía de los periódicos, después de su primer golpe como miembro de la pandilla.

Salió a la calle andando como un autómata, llevado de la tempestad de ira que le sacudía. Sólo cuando volvió a instalarse ante el volante del Ford trató de calmarse encendiendo un cigarrillo. Sabía que ya no había prisa alguna, porque el criminal no escaparía, no intentaría huir siquiera.

¿Por qué tendría que hacerlo si estaba seguro?

O, por lo menos, se creía seguro.

Gordon Coleman arrojó el cigarrillo recién encendido y lanzó el Ford hacia donde podía estar la muerte en su forma más fea...

CAPÍTULO XIV

El hombre de rostro mofletudo y rojizo estaba sentado ante una gran mesa escritorio de nogal, enfrascado en una complicada y extensa relación de cifras. Un montón de papeles se amontonaban a un lado, comprobantes de haber cancelado los contratos de alquiler de numerosas cajas fuertes.

El hombre recorría una columna de cifras y musitaba sus cuentas en voz apenas audible, como si rezara.

Detrás suyo, una gran arca empotrada en el muro aparecía abierta, y su interior materialmente lleno de paquetes de distintos tamaños, envueltos también en diferentes clases de papel fuerte.

Era una actividad endiablada para ser realizada a las cuatro de la madrugada.

Demasiado abstraído con sus números, el hombre no advirtió el ligero movimiento de los cortinajes que velaban la ventana. La punta del lápiz recorría rápidamente una columna de cifras, sus labios se movían de continuo, y su espíritu debía encontrarse a mil millas de allí, porque tampoco advirtió que los cortinajes eran apartados con suavidad por una mano que empuñaba un revólver pavonado de cañón corto.

Sólo cuando la voz de Gordon Coleman se elevó en el silencio olvidó sus cuentas y dio un salto.

—Éstas son sus últimas cuentas, John Smith —dijo la voz.

El salto arrojó el sillón hacia atrás y el hombre quedó de pie, mirando con los ojos desorbitados al asaltante.

—¿Qué..., qué pretende, robarme...? —tartamudeó.

—Algo más, bastardo. Siéntese en ese sillón y no lo acerque a la mesa si no quiere que le clave a él de un balazo.

A trompicones, el hombre corpulento retrocedió hasta dejarse caer sentado en el sillón, cuyos muelles chirriaron.

Coleman avanzó lentamente, con la mirada y el cañón del revólver fijos en el rostro que empezaba a cubrirse de pequeñas gotas de sudor.

—¿Qué va a hacer?

—¿Necesito decírselo? Usted me conoce perfectamente, John Smith. Me conoce desde que Fred le mostró mi ficha policíaca de Nueva York...

—No sé de qué..., de qué está hablando...

—Sí lo sabe. ¿Va a decirme que todos esos paquetes de la caja contienen cigarros?

Instintivamente, el hombre volvió la cabeza. Pareció sorprendido al ver la caja abierta. Seguramente se maldijo por aquel descuido, pero no había podido prever que nadie viniera a interrumpirle en su noche triunfal...

—Contienen billetes, dinero, millones, ¿no es así? No importa que cierre la boca. Voy a comprobarlo.

Poco a poco, el color volvió tímidamente a los mofletes del hombre. Miró recto a la cara del agente federal y masculló:

—Muy bien, contienen dinero, pero...

—Pero usted pensaba quedarse con todo —le atajó el federal con brusquedad—. Nos dejó de lado a todos y mató a Fred, el único que podía identificarle..., pero se olvidó de mí.

—Mire, Brown, podemos llegar a un acuerdo usted y yo... no tenemos por qué pelearnos...

—Olvídese de los acuerdos. Debió matarme a mí en lugar de asesinar a Shirley, maldito cobarde...

El golpe dio en el blanco y el hombre lo acusó, pero se rehízo con prontitud, seguramente confiando en el poder del dinero.

—Usted no necesita emplear la violencia... Una parte será suya sin necesidad de luchar... Debí pensar que alguno de la organización podía haberme identificado.

—Se habría equivocado de medio a medio. Hasta esta misma noche no he sabido quién era usted... cuando he visto su rostro en la calle, junto al portal de Shirley... ¡Maldito criminal!

—Pero..., pero ella era una cualquiera...

—Había confiado en mí.

—¿Y qué con eso? Podrá tener todas las mujeres que quiera con la mitad de ese dinero.

—Podría decirle que voy a quedarme con todo, pero ya estoy cansado de fingir... No me llamo Ed Brown ni soy un pistolero. Mi nombre es Gordon Coleman, del F.B.I.

El nombre estalló como una bomba. El hombre corpulento pareció derrumbarse dentro de su sillón y no encontró voz con que replicar.

Coleman añadió:

—Debería haberme presentado desde un principio, al entrar aquí. Pero el asesinato de Shirley ha alterado todo..., ahora desearía no pertenecer a la Oficina Federal para tener el placer de destrozarle con mis propias manos. ¡Levántese!

El hombre no se movió. Daba la sensación de estar paralizado. Sólo balbució:

—No comprendo..., no comprendo cómo me ha reconocido. Usted y yo jamás nos habíamos visto...

—Su fotografía en los periódicos, bastardo, a raíz del robo con que me probó. Debí comprender la verdad mucho antes al pensar en aquel golpe. Usted planeó que le robásemos en su propia empresa, señor Whipple, porque calculó que si yo era un espía me apresuraría a informar a mis jefes, y éstos se pondrían en contacto con usted para retirar el dinero de la caja fuerte y tender una trampa... Sólo que no ocurrió nada de esto. Yo no iba detrás de la pandilla, sino del cerebro que la dirigía. Detrás de usted, asesino.

—Ya veo..., pero usted mató a un policía, y a los guardianes del furgón...

—Balas de fogeo y una comedia tramada por mis compañeros. Los guardianes y el policía eran agentes federales, y lo mismo los policías que acudieron en los primeros momentos. Por supuesto, el departamento de policía colaboró... Y ahora, levántese. Vamos a hacer un corto viaje usted y yo.

Whipple obedeció esta vez pesadamente. Se apoyó en los brazos del sillón, como si estuviera a punto de caer.

Pero entonces, con una agilidad impropia de su tamaño, saltó hacia adelante como un bólido, impulsándose con las manos y los pies a un tiempo.

El súbito ataque pilló de sorpresa a Coleman, quien recibió el impacto del corpachón y cayó de espaldas. El revólver escapó de sus dedos y se deslizó por el suelo hasta golpear contra la pared.

Los dos hombres se aferraron uno al otro en una lucha silenciosa y mortal. Coleman se sintió casi impotente bajo la masa que le aprisionaba. Un golpe demoledor estalló en un lado de su cabeza, aturdiéndole, y tras esto unas manos como garras rodearon su cuello salvajemente.

Coleman arqueó el cuerpo, tensándolo brutalmente, mientras golpeaba sin piedad el rostro mofletudo. Luego, de repente, dio una vuelta de costado y ambos rodaron todavía aferrados, pero ya con el asesino a un lado, no encima.

Coleman sabía que debía librarse de las garras que le ahogaban o su carrera acabaría allí. Golpeó una vez más la cara de su enemigo y un surtidor de sangre saltó al romper la nariz. Whipple chilló y sus manos se aflojaron, pero sin abandonar su presa.

Nuevos mazazos martillearon su cara, destrozándola a cada golpe. Pero todavía seguía aferrado a la garganta del hombre del F.B.I.

Finalmente, Coleman, sin aire en los pulmones, sintiendo que los oídos le zumbaban y que todo comenzaba a danzar a su alrededor,

separó los brazos, con los puños cerrados, y golpeó con los dos a la vez ambos oídos del hombre que trataba de matarlo.

El salvaje golpe lanzó a Whipple de espaldas, aullando como una bestia mientras se revolcaba por el suelo con un dolor insufrible en el cráneo, como si tuviera una legión de diablos barrenando dentro de los oídos...

Coleman se incorporó, tambaleándose. Tenía la boca desencajada, luchando por engullir el aire que reclamaban sus pulmones y sintiendo el corazón galopar desenfrenadamente.

No obstante, se acercó al caído, tomó impulso y le descargó un puñetazo demoledor bajo el mentón. La gran cabeza osciló como si fuera a separarse del tronco. Luego quedó quieta y el hombre se desvaneció.

Jadeando lastimeramente, Coleman acercó el sillón a la mesa y se dejó caer en él después de recoger su revólver. Se mantuvo allí quieto hasta que empezó a respirar con cierta normalidad, y sólo entonces descolgó el teléfono y comunicó con la Oficina Federal de Detroit...

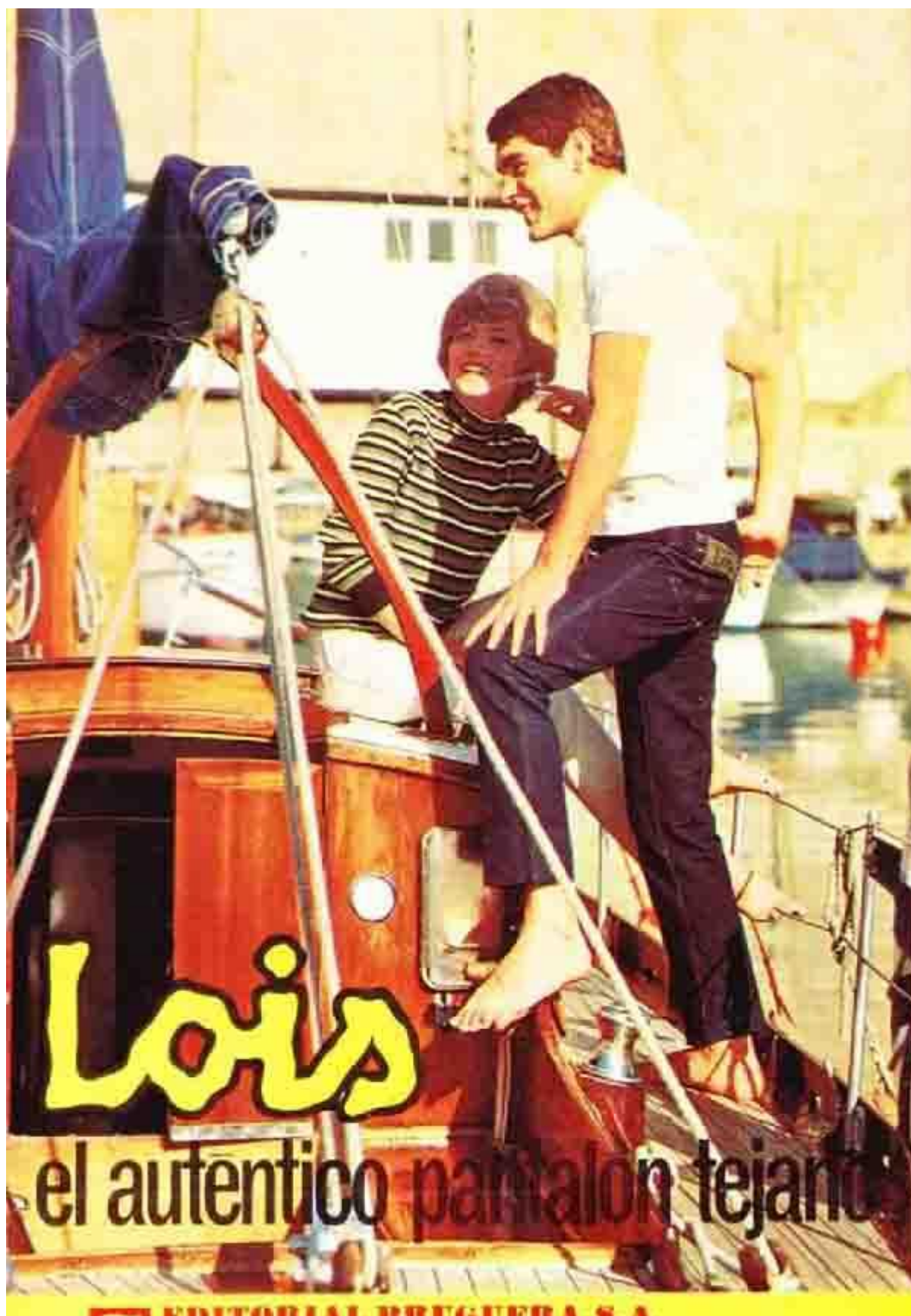
Cuando colgó estaba agotado y dolorido, pero comenzó a experimentar la ya conocida sensación de euforia por el triunfo. Pensó que a sus espaldas, en la caja abierta, había casi tres millones de dólares y sonrió a pesar de los doloridos músculos de su rostro. ¡Qué botín para un pistolero!

Luego lo olvidó. Lo olvidó porque una vez surgió en sus retinas la imagen de Claire y experimentó la paz del deber cumplido y el placer de saber que era esperado, y que unos brazos ansiaban estrecharle...

También Shirley le había estrechado entre sus brazos. Eso debería quedar enterrado para siempre en sus recuerdos para que Claire no lo supiera jamás..., pero nunca podría recordar a Shirley con desprecio. Eso tampoco podría hacérselo comprender a nadie, y menos a Claire...

Y Claire era capítulo aparte en su vida. Un capítulo que sólo le pertenecía a él...

FIN





MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.